

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Tesis Licenciatura en Trabajo Social

**Acumulación flexible y neoliberalismo:
el trabajo en jaque**

Gabriel Piquinela
Tutor: Pablo Bentura

2007

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	Pág. 3
1. CRISIS DE LOS 70 Y TRANSFORMACIONES EN EL PATRON DE ACUMULACIÓN.....	Pág. 6
1.1. Modelo fordista keynesiano y Estado regulador	Pág. 6
1.2. El agotamiento del modelo fordista-keynesiano y el camino hacia la acumulación flexible.....	Pág. 14
2. NEOLIBERALISMO Y AMERICA LATINA	Pág. 25
3. MUNDO DEL TRABAJO Y CUESTION SOCIAL	Pág. 34
4. REFLEXIONES FINALES	Pág. 47
BIBLIOGRAFÍA	Pág. 51

INTRODUCCIÓN

Algo cambió en el barrio montevideano del Buceo, en la calle Pérez Gomár entre Carlos Lallemand y Resistencia, (a tres cuadras de la fábrica de vidrio que ocupaba dos manzanas en Rivera y Comercio, a la cuál los niños y niñas de quinto de la Escuela Nº 72 “Japón” visitaban todos los años y en donde cientos de vecinos trabajaban allí toda su vida hasta jubilarse ellos y después sus hijos) donde los niños de ocho, nueve y diez años, a comienzos de los ochenta, en el final de la feroz dictadura militar, jugaban al fútbol en la calle (de una bajada pronunciada) andaban en bicicleta, las dejaban en la vereda para ir todos a merendar a una de sus casas, donde la puerta estaba abierta para atrás y sólo se cerraba la puerta cancel, si había, sin llave y entraban prácticamente sin pedir permiso. Entrado un nuevo siglo, veinticinco años después, no queda casi ni una casa de esa cuadra sin grandes rejas con portón eléctrico, sin alarma con el cartel de “propiedad protegida”, sin estar asegurada con alguna empresa privada, (que son más baratas que la estatal y hay variada oferta) y además la fábrica de vidrio, desde finales de los noventa, es un gigantesco galpón abandonado y arruinado que al barrio le estorba.

Este retrato de un momento dado en el singular contexto de un barrio de Montevideo es el fenómeno visible de un conjunto de transformaciones societales ocurridas en los últimos treinta años. Así, para intentar entender algunas de las muy diversas problemáticas que vive la sociedad occidental en este comienzo de siglo, resulta pertinente realizar una exploración de esos cambios ocurridos en el modelo de desarrollo imperante en la sociedad.

Este trabajo de monografía final de grado, de ninguna forma es ni lo pretende ser, una exposición exhaustiva ni acabada de la temática que tratará, lejos de ello, sólo pretende ser un simple aporte a la discusión de las transformaciones sociopolíticas y económicas que se sucedieron en las últimas décadas en la sociedad capitalista occidental.

Se intenta en esta exposición, efectuar una mirada de lo ocurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta finales del siglo XX y comienzos del XXI, en la cual se aspira lograr converger, los cambios en el modelo productivo

mundial, el resurgimiento del viejo liberalismo y las transformaciones en el mundo del trabajo.

El sistema capitalista de producción viene desarrollando, desde mediados de la década del setenta, importantes transformaciones, que provocan un enorme impacto en el proceso productivo de acumulación, en el sistema de regulación sociopolítico y en el mundo del trabajo a ellos asociados. Aparecen nuevas manifestaciones como la globalización, entendida como la profundización de la internacionalización de la economía; De Oliveira (1996) señala que se trata de la articulación, a nivel mundial, del propio proceso productivo, que así, es capaz de una acción cada vez más global, tornando al Estado nacional desnecesario para el capital (...) esa noción se choca con el creciente dualismo presente en la gran totalidad de los países: todos participan del mercado mundial, pero en los países ricos, 20% de la población queda afuera del proceso económico, en América Latina llega al 50% y en África al 80% (p.164).

A su vez lamamoto (1999) sostiene que en este contexto de globalización mundial bajo la hegemonía del gran capital financiero, de alianza entre el capital bancario y el industrial, se sucede la revolución técnico-científica, instaurando nuevos padrones de producción y gerenciamiento del trabajo. Al mismo tiempo, plantea la autora, se reduce la demanda de trabajo, se amplía la población sobrante para las necesidades medias del capital, haciendo así crecer la exclusión social, económica, política, cultural de hombres, jóvenes, niños y mujeres de las clases subalternas (p.18).

Como señala Sarachu (1998), se puede afirmar de modo esquemático que, así como el capitalismo del período fordista-keynesiano precisaba de una fuerte homogeneización y grandes colectivos de trabajadores-consumidores agrupados en grandes establecimientos, el capitalismo de fin de siglo precisa de una creciente heterogeneización, diversidad y fragmentación de las luchas de clases asociadas a su desarrollo. Resulta claro, señala el autor, que los procesos de homogeneidad y heterogeneidad están estrechamente relacionados. La homogeneización en un sentido, se orientó para el mantenimiento del orden y sus desigualdades, al igual que el proceso de diferenciación que ha estado en función de imposibilitar la realización de la

autonomía, de construcción de un orden social diferente al establecido y fue utilizada para acallar los reclamos colectivos de las clases subalternas(p.45).

Esta comparación sirve para entender de forma general cómo el capitalismo adopta diversas formas y mutaciones, pero el fin es siempre el mismo: la acumulación de capital con un Estado que asegure su reproducción. Así es que se puede visualizar al Estado actuando como instrumento primordial del capitalismo y de su clase dominante para lograr la legitimación y reproducción de su ideología, a través de diversos mecanismos de acción, ya sea de control, de coerción o bien de compensación de las enormes desigualdades sociales "naturales" e intrínsecas que produce el capitalismo.

Se analizará en el primer capítulo la implantación del modelo fordista-keynesiano de pos-guerra y el pasaje de esta forma de acumulación a otra, llamada flexible, lo que generó, nefastas consecuencias para la gran mayoría de la población del mundo capitalista occidental.

Ese Estado regulador e interventor, en el período fordista-keynesiano, en su cometido primordial, se transformó y colaboró, -ya sea a través de gobiernos democrático-burgueses o con dictaduras militares- en la consolidación de los cambios en el régimen de acumulación y en el modo de regulación socio-política. Allí es donde pondremos énfasis en el segundo capítulo, en el que se analizará el modelo ideológico neoconservador o neoliberal.

Por último, en el tercer capítulo se analizarán las transformaciones en el mundo del trabajo que están fuertemente asociadas a los cambios en el patrón de acumulación y en el sistema de regulación socio-político de las últimas décadas. Esas transformaciones tienen como consecuencia entre otras: el desempleo estructural, la precarización de las condiciones de trabajo, el debilitamiento de las relaciones colectivas y la desarticulación de las clases que surgen desde el trabajo.

La pauperización y la exclusión son la otra cara del desarrollo de las fuerzas productivas, del trabajo social, del desarrollo de la ciencia y la tecnología, de los medios de comunicación, de la producción y del mercado globalizado. Estos nuevos tiempos reafirman que la acumulación del capital no es compañera de la equidad, no rima con igualdad, verificándose el agravamiento de las múltiples expresiones de la Cuestión Social (Iamamoto: 1999, p.18).

1. CRISIS DE LOS 70 Y TRANSFORMACIONES EN EL PATRON DE ACUMULACIÓN

1.1. Modelo fordista keynesiano y Estado regulador

Para poder comprender las transformaciones sociales y políticas de los últimos treinta años y algunas de las actuales manifestaciones de la Cuestión Social, se debe analizar, en primera instancia, qué sucedió en el modelo de desarrollo capitalista en esas décadas.

Como señala David Harvey (1994) se está frente a una sociedad en que la producción en función de lucros permanece como el principio organizador básico de la vida económica, en donde se visualiza una transición, a partir de la primera gran recesión de posguerra, a principios de los años setenta, en el régimen de acumulación¹ y en el modo de regulación² social y política a el asociado (p.117).

Asimismo, el autor afirma que un sistema particular de acumulación puede existir porque su esquema de reproducción es coherente. El problema, señala, es hacer que los comportamientos de todo tipo de individuos (capitalistas, trabajadores, funcionarios públicos, financistas y todas las otras especies de agentes políticos económicos) asuman alguna modalidad de configuración que mantenga el régimen de acumulación funcionando. Debe haber por tanto una materialización del régimen de acumulación, que toma la forma de normas, hábitos, leyes, redes de regulación que garanticen la unidad del proceso, esto es, la consistencia apropiada entre comportamientos individuales y el esquema de reproducción (p.17).

¹ Se lo define como el conjunto de regularidades al nivel de la economía como un todo, permitiendo el desarrollo más o menos coherente de la acumulación capitalista. Articula entre otros aspectos: normas de organización de la producción y el trabajo; formas de relaciones e intercambio en la economía; reglas comunes de administración y gerenciamiento industrial y comercial; principios de distribución de ingresos (Sarachu: 1998, p.34)

² Complejo entramado institucional de hábitos y normas culturales que aseguran la reproducción del sistema capitalista, convenciones e instituciones, las cuales regulan y reproducen un determinado régimen de acumulación. Incluye varios aspectos como: leyes, políticas estatales, códigos industriales, filosofías de gobierno, reglas de negociación y arbitraje de conflictos laborales, cultura de consumo y horizonte de expectativas sociales (Sarachu: 1998, P.38).

En este sentido Harvey (1994) sostiene que la mano invisible del mercado de Adam Smith³, nunca bastó por sí misma para garantizar un crecimiento estable al capitalismo, mismo cuando las instituciones de apoyo (propiedad privada, contratos válidos, administración apropiada del dinero) funcionan adecuadamente. Algún grado de acción colectiva – de modo general, la regulación y la intervención del Estado - es necesaria para compensar las fallas de mercado (tales como los daños inestimables al ambiente natural y social), evitar excesivas concentraciones de poder del mercado o combatir el abuso de privilegio del monopolio cuando éste no puede ser evitado (en campos como el transporte y comunicaciones), efectivizar bienes colectivos (defensa, educación, infraestructuras sociales y físicas) que no pueden ser producidos y vendidos por el mercado (p.118).

De esta manera, las sociedades capitalistas deben superar la dificultad de conversión de las capacidades de hombres y mujeres de realizar un trabajo activo en un proceso productivo cuyos frutos puedan ser apropiados por los capitalistas. Es así que el disciplinamiento de la fuerza de trabajo para los propósitos de la acumulación del capital – control del trabajo – es una cuestión que envuelve una combinación de represión, familiarización, cooptación y cooperación, elementos que deben ser organizados no solamente en el local de trabajo sino en la sociedad toda. La socialización del trabajador en condiciones de producción capitalista envuelve el control social bien amplio de las capacidades físicas y mentales. La educación, el entrenamiento, la persuasión, la movilización de ciertos sentimientos sociales (la ética del trabajo, la lealtad a los compañeros, el orgullo local o nacional) y propensiones psicológicas (búsqueda de identidad a través del trabajo, la iniciativa individual

³ Adam Smith economista y filósofo escocés se le considera como el liberal padre del capitalismo. En su famosa obra *La Riqueza de las Naciones*, Londres 1775, sostenía que la competencia privada libre de regulaciones era capaz de producir y distribuir mejor la riqueza que los mercados controlados por los gobiernos. Razonamiento utilizado para desaconsejar la intervención gubernamental en el comercio y en el cambio. Según Smith los empresarios al buscar su propio interés organizan la economía de un modo más eficaz, como si estuvieran guiados por una mano invisible. La concepción liberal de Adam Smith adopta como ideas claves: el orden natural, el hombre económico, el egoísmo económico, la competencia perfecta, de donde derivan los planteamientos e ideología básica del liberalismo: La desregulación estatal o doctrina de un gobierno limitado y restringido a asegurar las funciones básicas de la organización de la sociedad, la privatización, y el libre comercio. Para el liberalismo el mercado es el mecanismo ideal para la asignación y distribución óptima de los recursos. El sistema de precios es el centro nervioso del organismo económico, todo ello basado en una política estricta de libertad económica conocida con el nombre dejar hacer, *laissez faire*. El liberalismo económico fue la doctrina dominante por excelencia hasta la Gran Depresión de 1929.

y la solidaridad social) desempeñan un papel y están claramente presentes en la formación de ideologías dominantes cultivadas por los medios de comunicación de masas, por las instituciones religiosas y educacionales, y por varios sectores del aparato del Estado (Harvey:1994, p.119).

El largo período de expansión de posguerra, que se extendió de 1945 a 1973, tuvo como base un conjunto de prácticas de control del trabajo, tecnologías, hábitos de consumo y configuraciones de poder político-económico que puede ser denominado como fordista-keynesiano.

El colapso de ese sistema a partir de la década del setenta inició un período de rápidos e importantes cambios y de gran incertidumbre, para lo que podría ser llamado régimen de acumulación flexible.

En este sentido, resulta necesario contextualizar el período fordista para luego analizar el camino hacia el proceso de acumulación flexible.

La fecha inicial simbólica del fordismo debería ser 1914, cuando Henry Ford introdujo la jornada de ocho horas y cinco dólares como recompensa para los trabajadores de línea automática de montaje de automóviles que se estableciera el año anterior en Michigan.

En muchos aspectos, plantea Harvey (1994) las innovaciones tecnológicas y organizacionales de Ford eran mera extensión de tendencias bien establecidas. Lo que había de especial en Ford, señala el autor, era su visión, su reconocimiento explícito de que la producción en masa significaba consumo de masas, un nuevo sistema de reproducción de la fuerza de trabajo, una nueva política de control y gerencia del trabajo, una nueva estética y una nueva psicología, es decir, un nuevo tipo de sociedad democrática, racionalizada, modernista y populista (p.121).

El mismo autor tomando los aportes de Gramsci plantea que éste observó al fordismo como:

“el equivalente al mayor esfuerzo colectivo para crear, con una velocidad sin precedentes, y con una conciencia de sus propósitos sin igual en la historia, un nuevo tipo de trabajador y un nuevo tipo de hombre. Los nuevos métodos de trabajo son inseparables de un modo específico de vivir, de pensar y sentir la vida, cuestiones de sexualidad, de familia, de formas de coerción moral, de consumismo y de acción del Estado estaban vinculadas en el esfuerzo de forjar un tipo particular de trabajador, adecuado a un nuevo tipo de trabajo y de proceso productivo” (p.122).

Una importante barrera a ser enfrentada estaba en los modos y mecanismos de intervención estatal. Fue necesario concebir un nuevo modo de regulación para atender los requisitos de la producción fordista; y fue preciso el choque de la depresión de la cuál colapsó el capitalismo en la década del treinta para que las sociedades capitalistas llegasen a alguna nueva concepción de la forma y del uso de los poderes del Estado. El problema, tal como lo veía un economista como Keynes⁴, era llegar a un conjunto de estrategias administrativas científicas y poderes estatales que estabilizaran al capitalismo, al mismo tiempo que se evitarían las evidentes represiones e irracionalidades que las soluciones nacional-socialistas implicaban (Harvey:1994, p.124). No hay que olvidar que se habla en un período de pleno desarrollo del nazismo y del fascismo.

Es en ese contexto plantea Harvey que se deben comprender las tentativas altamente diversificadas en diferentes Estados-naciones de llegar a arreglos políticos, institucionales y sociales que pudiesen acomodar la incapacidad crónica del capitalismo de reglamentar las condiciones esenciales de su propia reproducción.

El período de posguerra vio el ascenso, con el fordismo en plena maduración como régimen de acumulación, de una serie de industrias basadas en nuevas tecnologías que se tomaron propulsoras de un gran crecimiento económico.

Pero el crecimiento fenomenal de expansión de posguerra, dependió de una serie de compromisos y re-posicionamientos por parte de los principales actores de los procesos de desarrollo capitalista.

Para el autor, el Estado tuvo que asumir nuevos (keynesianos) papeles y construir nuevos poderes institucionales; el capital corporativo tuvo que ajustar

⁴ John Maynard Keynes, plasma su libro Teoría general sobre el empleo, el interés y el dinero, publicado en 1936 como respuesta a la Gran Depresión en los años 1930. El interés final de Keynes fue poder dotar a unas instituciones nacionales o internacionales de poder para controlar la economía en las épocas de crisis. Este control se ejerce mediante el gasto presupuestario del Estado, políticas fiscales. El motivo económico para actuar de esta manera parte, sobre todo, del efecto multiplicador que se produce ante un incremento en la Demanda Agregada.

Keynes refutaba la teoría de su tiempo que la economía automáticamente tiende al pleno empleo. El equilibrio al que tiende la libre interacción entre los diversos factores económicos no conlleva al pleno empleo de los medios de producción. Una baja del empleo o de los salarios puede llevar a una baja en la demanda, y por lo tanto en una baja en la producción, llevando a su vez a más desempleo.

Keynes propone que en momentos de estancamiento económico, el Estado tiene la obligación de estimular la demanda con mayores expensas económicas.

las velas en ciertos aspectos para seguir con más suavidad la senda de lucratividad segura; y el trabajo organizado tuvo que asumir nuevos papeles y funciones relativos al desempeño en los mercados de trabajo y en los procesos de producción. El equilibrio de poder, tenso pero al mismo tiempo firme, que prevalecía entre el trabajo organizado, el gran capital corporativo y el Estado-Nación, y que formó la base de poder de la expansión de posguerra, no fue alcanzado por acaso, afirma el autor, resultó de años de lucha. La derrota de los movimientos obreros radicales que resurgieron en el período inmediato de posguerra, preparó el terreno político para los tipos de control del trabajo y de compromiso que posibilitarían el fordismo (p.125).

Eric Hobsbawm (1995) agrega que los políticos, funcionarios e incluso muchos hombres de negocios occidentales durante la posguerra estaban convencidos que la vuelta al *laissez-faire* y a una economía de libre mercado inalterada era impensable. Determinados objetivos políticos- el pleno empleo, la contención del comunismo, la modernización de unas economías en decadencia- gozaban de prioridad absoluta y justificaban una intervención estatal de la máxima firmeza. Todos querían un mundo de producción creciente, con un comercio internacional en expansión, pleno empleo, industrialización y modernización, y todos estaban dispuestos a conseguirlo, si era necesario, mediante el control y la gestión gubernamentales sistemáticas de economías mixtas, y asociándose con movimientos obreros organizados, siempre que no fuesen comunistas (p.275-276).

El Estado asumió en este marco una multiplicidad de obligaciones. En la medida en que la producción de masa, que incluía pesadas inversiones en capital fijo, requería condiciones de demanda relativamente estables para ser lucrativa, el Estado se esforzaba, en el período posguerra, por controlar ciclos económicos con una apropiada combinación de políticas fiscales y monetarias. Esas políticas eran dirigidas a las áreas de inversión pública, en sectores como el transporte, equipamientos públicos, etc, vitales para el crecimiento de la producción y el consumo de masa y que también garantizaban un empleo relativamente pleno. Los gobiernos también buscaban facilitar un fuerte complemento al salario social con gastos en seguridad social, asistencia médica, educación, vivienda, etc. Además, el poder estatal era ejercido directa

o indirectamente sobre los acuerdos salariales y los derechos de los trabajadores en la producción (Harvey: 1994, p.129).

Pero lo más trascendente, señala el citado autor, es la manera por la cual gobiernos de tendencias ideológicas bien distintas crearon tanto un crecimiento económico estable como un aumento de los padrones materiales de vida a través de una combinación de Estado de bienestar social, administración económica keynesiana y control de las relaciones del salario (Harvey:1994, p.130).

En este sentido, para Hobsbawm (1995) los grandes éxitos económicos de posguerra en los países capitalistas, son ejemplos de industrialización efectuada con el apoyo, la supervisión, la dirección y a veces la planificación y la gestión de los gobiernos. Al mismo tiempo, el compromiso político de los gobiernos con el pleno empleo y en menor grado con la reducción de las desigualdades económicas, es decir, un compromiso con el bienestar y la seguridad social, dio pie por primera vez a la existencia de un mercado de consumo masivo de artículos de lujo que pasarían a considerarse necesarios (p.272).

Por lo tanto, el fordismo de posguerra debe de ser visto no tanto como mero sistema de producción en masa y sí como un modo de vida total. *"Producción en masa significaba padronización del producto y del consumo de masa"* (Harvey: 1994, p.131).

En este sentido, Robert Boyer (1986) señala que el fordismo no es sólo un principio técnico para la producción industrial. Bajo sus pautas todo un conjunto de convenciones sociales y mecanismos económicos producen el ajuste mutuo del consumo y la producción masivos. El compromiso entre Capital y Trabajo induce a una formación de salarios original, es decir, en la medida en que los trabajadores aceptan el cambio tecnológico y los métodos fordistas, reciben salarios más altos, de acuerdo con el aumento de la productividad. De esta manera los trabajadores pueden comprar la mayoría de los productos y servicios industriales que antes estaban fuera del alcance del estándar de vida de un asalariado. En este contexto los salarios y las utilidades, el consumo y las inversiones, son más bien complementarios que sustituibles (p.232).

Y agrega Hobsbawm (1995) que los empresarios, a quienes apenas les importaba pagar salarios altos en plena expansión y con cuantiosos beneficios, veían con buenos ojos esta posibilidad de prever, lo que les permitía planificar por adelantado. Los trabajadores obtenían salarios y beneficios complementarios que iban subiendo con regularidad, y el Estado de bienestar iba ampliando su cobertura y era cada vez más generoso (p.285).

Pero no todos eran favorecidos por los beneficios del fordismo, habiendo señales abundantes de insatisfacción mismo en el apogeo del sistema, sin acceso al trabajo privilegiado de la producción en masa, amplios segmentos de la fuerza de trabajo no tenían acceso a las satisfacciones del consumo de masa. *“Se trataba de una fórmula segura para producir insatisfacción”* (Harvey: 1994, p.132).

Así, el Estado soportaba la carga de un creciente descontento, que a veces culminaba en desordenes civiles por parte de los excluidos. La legitimación del poder del Estado dependía cada vez más de la capacidad de llevar los beneficios del fordismo a todos y de encontrar medios de ofrecer asistencia médica, habitacional y servicios educacionales adecuados en larga escala pero de modo humano y cuidadoso. La condición para proveer bienes colectivos dependía de la continua aceleración de productividad del trabajo en el sector corporativo. Sólo así el Estado keynesiano de bienestar social podía ser fiscalmente viable (Harvey: 1994, p.133).

Asimismo, crecían las insatisfacciones del Tercer Mundo en el marco de un proceso de modernización que prometía desarrollo, superación de las necesidades y plena integración al proceso fordista occidental, pero que en la práctica promovía la destrucción de las culturas locales, mucha opresión y numerosas formas de dominio capitalista a cambio de magros beneficios en términos de calidad de vida, menos para las élites nacionales muy influyentes que colaboraban activamente con el capital internacional.

Es así que existían indicios de problemas serios en el fordismo ya a mediados de los años sesenta. El período de 1965 a 1973 dice Harvey (1994) tornó cada vez más evidente la incapacidad del fordismo y del keynesianismo de contener las contradicciones inherentes al capitalismo, esas dificultades pueden ser mejor entendidas con una palabra: rigidez. Rigidez en las inversiones de capital

fijo de larga escala y largo plazo en sistemas de producción en masa que impedían flexibilidad y presumían crecimiento estable en mercados de consumo invariantes, rigidez en los mercados y en los contratos de trabajo (p.135).

A su vez, esa rigidez en los compromisos del Estado se fue intensificando a medida que los programas de asistencia aumentaban bajo presión para mantener la legitimidad del sistema, en un momento en que la rigidez en la producción restringía expansiones de la base fiscal para gastos públicos.

Harvey agrega que por detrás de toda rigidez de cada área existía una configuración indomable y aparentemente fija del poder político y relaciones recíprocas que unía el gran trabajo, el gran capital y el gran gobierno en lo que parecía cada vez más una defensa disfuncional de intereses definidos de manera tan estrecha que solapaban, en vez de garantizar, la acumulación de capital (p.136).

En este sentido, resulta interesante el aporte de Hobsbawm (1995) quien sostiene que las nuevas tecnologías empleaban de forma intensiva el capital y eliminaban mano de obra (con la excepción de científicos y técnicos altamente cualificados) o llegaban a sustituirla. Así, la característica principal de la edad de oro⁵ fue la necesidad de grandes inversiones constantes y como contrapartida, la no necesidad de gente, salvo como consumidores. Sin embargo, el ímpetu y la velocidad de la expansión económica fueron tales, que durante una generación, lo anterior no resultó evidente. De esta forma, señala el autor, el ideal al que aspiraba la edad de oro, aunque la gente se diese cuenta de ello poco a poco, era la producción sin la intervención del ser humano (p.269).

Analizando este proceso de cambios Harvey (1994) plantea que el mundo capitalista se ahogaba por el exceso de fondos y con las pocas áreas productivas reducidas para la inversión, ese exceso significaba fuerte inflación. Se suman los efectos de la decisión de la OPEP⁶ de aumentar los precios del petróleo para Occidente durante la guerra árabe-israelí de 1973. Al mismo tiempo las corporaciones se veían con mucha capacidad excedente inutilizable,

⁵ El autor hace referencia al período que transcurre desde 1945 hasta 1973 aproximadamente.

⁶ Organización de Países Exportadores de Petróleo.

principalmente fábricas y equipamientos ociosos, en condiciones de intensificación de la competencia. Eso las obligó a entrar en un período de racionalización, reestructuración e intensificación del control del trabajo. Los cambios tecnológicos, la automatización, la búsqueda de nuevas líneas de productos y nichos de mercado, la dispersión geográfica para zonas de control del trabajo más fácil, las medidas para acelerar el tiempo de giro de capital, pasaron al primer plano de las estrategias corporativas de sobrevivencia (p.140).

José Paulo Netto (1996) señala que esa monumental recesión y lo que le siguió puso de manifiesto un profundo giro en la dinámica comandada por el capital: llegaba a su fin el padrón de crecimiento que, desde la segunda posguerra y por casi treinta años, sustentara con sus largas ondas expansivas, el pacto de clases expresado en el Welfare State. Emergía un nuevo padrón de crecimiento que, operando por medio de largas ondas recesivas, no sólo erosionaba las bases de toda articulación sociopolítica hasta entonces vigente, sino que tomaba exponenciales las contradicciones immanentes a la lógica del capital (p.90).

Así, las décadas de los setenta y los ochenta significaron un agitado período de reestructuración económica y reajuste social y político. En el espacio social creado por todas esas oscilaciones e incertezas, un conjunto de nuevas experiencias en los dominios de la organización industrial y de la vida social y política comenzó a tomar forma. Esas experiencias pueden representar los primeros impulsos de pasaje para un régimen de acumulación enteramente nuevo, asociado con un sistema de regulación política y social bien distinto.

1.2. El agotamiento del modelo fordista-keynesiano y el camino hacia la acumulación flexible

La acumulación flexible está marcada por un enfrentamiento directo con la rigidez del fordismo. Ella se apoya en la flexibilidad de los procesos de trabajo, de los mercados de trabajo, de los productos y padrones de consumo. Se caracteriza por el surgimiento de sectores de producción enteramente nuevos,

nuevas maneras de provisión de servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, tasas altamente intensificadas de innovación comercial, tecnológica y organizacional (Harvey: 1994, p.140).

Piore y Sabel (1990) plantean que la difusión de la especialización flexible sugiere que la salida de la crisis exige un cambio del paradigma tecnológico y un nuevo sistema de regulación (p.362).

Involucra rápidas transformaciones de los padrones de desarrollo desigual, tanto entre sectores como entre regiones geográficas, creando por ejemplo, un vasto movimiento del empleo llamado "sector servicios", como corporaciones industriales completamente nuevas en regiones hasta entonces subdesarrolladas. Harvey (1994) señala que esos poderes aumentados de flexibilidad y movilidad permiten que los empleadores ejerzan presiones más fuertes de control del trabajo sobre una fuerza de trabajo que vio al desempleo aumentar en los países capitalistas avanzados para niveles sin precedentes en la pos-guerra. El trabajo organizado fue solapado por la reconstrucción de focos de acumulación flexible en regiones que carecían de tradiciones industriales anteriores y por la reimportación para los centros más antiguos de normas y prácticas regresivas establecidas en esas nuevas áreas (p.140).

Netto (1996) agrega un elemento insoslayable al análisis al afirmar que la flexibilización pretendida por el gran capital ha sido favorecida por el direccionamiento a la que se somete una verdadera revolución tecnológica que desde los años cincuenta, afecta a las fuerzas productivas. Se opera una sustitución de la electromecánica por la electrónica y una creciente informatización del proceso productivo (p.91).

De esta manera, y reforzado por lo anterior, la acumulación flexible implica niveles altos de desempleo estructural, rápida destrucción y reconstrucción de las habilidades, bajos ingresos de salarios reales y un claro retroceso del poder sindical, uno de los pilares del régimen fordista. Está claro que el agotamiento del régimen fordista-keynesiano y las implicancias de la revolución tecnológica subvirtieron el mundo del trabajo.

En este contexto, el mercado de trabajo y sus implicancias en el empleo, sufrió una radical reestructuración. Hobsbawm (1995) plantea que la tendencia general de la industrialización ha sido la de sustituir la destreza humana por la

de las máquinas; el trabajo humano, por fuerzas mecánicas, dejando a la gente sin trabajo. El creciente desempleo de estas décadas no era cíclico, sino estructural. Los puestos de trabajo perdidos en las épocas malas no se recuperaban en las buenas: más aún, nunca volverían a recuperarse (p.412-413).

Y agrega Netto (1996) que la revolución tecnológica implica una extraordinaria economía del trabajo vivo, elevando brutalmente la composición orgánica del capital. Resultado directo: crece exponencialmente la fuerza de trabajo excedentaria en favor a los intereses del capital. El capitalismo tardío, transitando hacia un régimen de acumulación flexible, reestructura radicalmente el mercado de trabajo, sea alterando la relación excluidos/incluidos, sea introduciendo nuevas modalidades de contratación (de tipo empleo precario) sea creando nuevas estratificaciones y nuevas discriminaciones entre los que trabajan (sexo, edad, color, etnia) (p.92).

En su discurso de investidura en 1983, citado por Hobsbawm (1995), el secretario general de la OCDE reflexionaba:

“uno de los resultados cruciales del desempleo masivo puede ser el de que los jóvenes se aparten progresivamente de la sociedad (...) en general puede haber algún peligro de que en la próxima década se dé una sociedad en la que no sólo ‘nosotros’ estemos progresivamente divididos de ‘ellos’ (representando cada una de estas divisiones, a grandes rasgos, la fuerza de trabajo y la administración), sino en que la mayoría de los grupos estén cada vez más fragmentados; una sociedad en que los jóvenes y los relativamente desprotegidos estén en las antípodas de los individuos más experimentados y mejor protegidos de la fuerza de trabajo” (p.403).

Por otra parte, Harvey (1994) plantea que frente a la enorme volatilidad del mercado, del aumento de la competencia y del estrechamiento de los márgenes de lucro, los patrones sacaban provecho del debilitamiento del poder sindical y de la gran cantidad de mano de obra excedente, ya sea desempleados o subempleados, para imponer regímenes de contratos más flexibles en un marco de creciente reducción del empleo regular a favor del uso del trabajo en tiempo parcial, temporal o subcontratado (p.143).

En este sentido Boyer (1986) reflexiona que los mercados nacionales van quedando chicos para la producción nacional, de manera que las empresas tienen que vender y producir a nivel mundial. Este fortalecimiento de la

competencia a nivel mundial rompe los mecanismos anteriores de formación de los ingresos. La formación de salarios tiende a ser más competitiva. A medida que aumenta el desempleo y las industrias más antiguas van decayendo, los salarios reales y por ende el consumo se van frenando (p.234).

Nuevas técnicas y nuevas formas organizacionales de producción pusieron en riesgo los negocios de organización tradicional, expandiendo una onda de bancarrotas, cierre de fábricas, desindustrialización y reestructuraciones que amenazaban hasta las corporaciones más poderosas. La forma organizacional y la técnica gerencial apropiadas a la producción en masa padronizada en grandes volúmenes no siempre eran convertidas con facilidad para un sistema de producción flexible, con su énfasis en la solución de problemas, respuestas rápidas y altamente especializadas, y en la adaptabilidad de habilidades para propósitos especiales (Harvey: 1994, p.146).

La historia de las décadas de crisis y reestructuración del régimen de acumulación capitalista consistió básicamente en que la producción prescindía de los seres humanos a un ritmo superior al que tenía la economía de mercado de crear nuevos puestos de trabajo. Este proceso señala Hobsbawm fue acelerado por la competencia mundial, por las dificultades de los gobiernos que eran los mayores contratistas de trabajo, así como, a comienzos de los ochenta, por la teología imperante de libre mercado, que presionaba para que se transfiriese el empleo a formas de empresa maximizadoras del beneficio, en especial a las privadas (p.414).

El declive del sindicalismo, debilitado tanto por la depresión económica como por la hostilidad de los gobiernos neoliberales, aceleró este proceso, ya que uno de los principales objetivos de aquél era la protección del empleo. La economía mundial estaba en expansión, pero los mecanismos de generación de empleo para hombres y mujeres que accedían al mercado de trabajo sin una formación especializada se estaba desintegrando.

En países pobres, del tercer mundo, los desempleados entraban a formar parte de la llamada economía informal⁷. En los países ricos tenían sólidos sistemas

⁷ Victor Tokman, referente e investigador para PREALC y OIT, realizó a finales de la década del 70, un análisis de diversos aspectos sobre el sector informal. Plantea que el estilo de crecimiento experimentado por América Latina, a partir del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, tiene claras repercusiones sobre el funcionamiento de los

de bienestar en los que apoyarse, aunque debían afrontar el resentimiento y el desprecio de quienes se veían a sí mismos como gentes que se ganaban la vida con su trabajo. Una generación entera se había acostumbrado al pleno empleo, o a confiar en que pronto podría encontrar un trabajo adecuado en alguna parte (Hobsbawm: 1995, p.415).

Por otra parte, los nuevos sistemas financieros implementados a partir de la década del setenta modificaron el equilibrio de fuerzas en acción del capitalismo global, dando mucho más autonomía al sistema bancario y financiero en comparación con el financiamiento corporativo, estatal y personal. Así, Harvey afirma que la acumulación flexible procura al capital financiero como poder coordinador más de lo que el fordismo lo hacía (p.155).

En este marco Gerardo Sarachu (1999) plantea que el proceso de creciente globalización, que se vive desde mediados de los años setenta, constituye indudablemente un fenómeno de globalización financiera, desregulación general de los mercados financieros con la consiguiente interconexión de las denominadas plazas financieras, la pérdida de la soberanía económica de los estados nacionales, la creciente desterritorialización de la inversión y rápida relocalización garantizada por las nuevas tecnologías de la información.

La sustitución o privatización de los monopolios nacionales, crecientes procesos de regionalización y conformación de bloques económicos (norteamericano, europeo y asiático), supone una reestructuración productiva a nivel mundial y una creciente financierización del capital con el predominio de lo especulativo sobre lo productivo (p.8-9).

Y agrega Hobsbawm que en la nueva economía transnacional, los salarios están más directamente expuestos que antes a la competencia extranjera, y la capacidad de los gobiernos para protegerlos es bastante menor (p.416).

mercados de trabajo urbanos. La incapacidad de los sectores modernos para absorber mano de obra al ritmo requerido y la heterogeneidad de la estructura productiva, señala el autor, determinan la existencia de mercados de trabajo diferenciados. Los nuevos integrantes de la fuerza de trabajo urbano (que provienen del crecimiento vegetativo de las ciudades o los emigrantes rurales) no encuentran ocupación en los sectores formales de la economía, debiendo obtener alguna ocupación en estratos productivos, donde la mano de obra no depende del proceso de acumulación del sector formal moderno, sino que el nivel de empleo está determinado por el excedente de fuerza de trabajo y por la posibilidad que ofrece el mercado de producir o vender algo que genere algún producto.

En este contexto, los Estados-naciones pasan decididamente a depender del disciplinamiento financiero o de medidas institucionales directas. Harvey ejemplifica que la concesión británica, bajo un gobierno laborista, de medidas de austeridad dictadas por el Fondo Monetario Internacional para que el país tuviera acceso al crédito en 1976 fue una simple admisión del poder financiero externo sobre la política interna. Es verdad, señala, que el equilibrio entre el poder financiero y el poder del Estado bajo el capitalismo siempre fue delicado, pero el colapso del fordismo-keynesianismo sin duda significó hacer que la balanza se volcase para el fortalecimiento del capital financiero (p.156).

Es así que las transformaciones de la economía política global del capitalismo avanzado a partir de la década del setenta fueron considerables. Nueva división internacional del trabajo, nuevos principios de localización y emergentes mecanismos de coordinación al interior de las corporaciones transnacionales generan por ejemplo que países que antes tenían implantadas estrategias de sustitución de importaciones, como la mayoría de los latinoamericanos, reformularan su estrategia y se adecuaron a la nueva dinámica de la producción industrial mundial. Como ejemplo de esto decir que las importaciones de los países subdesarrollados aumentaron en el período casi dos veces.

Daniel Olesker (1990) señala que las sociedades occidentales son, en este tiempo, formaciones económico-sociales capitalistas que operan en un marco histórico caracterizado por la internacionalización de los procesos productivos que, lejos de atenuar los efectos de dichos procesos, los han agudizado: existe una marcada implementación del cambio técnico tendiente a la sustitución de trabajo humano por maquinaria, es decir una tendencia a la recomposición orgánica del capital. Lo anterior produce una relación diferenciada entre acumulación de capital y demanda de mano de obra que tiende a generar una permanente sobrepoblación excedente relativa que Marx llamaba Ejército Industrial de Reserva. A su vez existe una tendencia a la concentración de la riqueza desde el trabajo hacia el capital, lo que provoca el empobrecimiento relativo de los más. Hay una tendencia a la centralización del capital en torno a los capitales más poderosos. (p.62).

En este sentido, resulta ineludible señalar que estas transformaciones fueron acompañadas, consolidadas y en cierta medida promovidas por el ascenso de un agresivo conservadurismo en América del Norte y en buena parte de Europa Occidental, que posteriormente se extendieron, como es notorio al cono sur. Las victorias electorales de Thatcher y Reagan son observadas como una clara ruptura con la política de pos-guerra.

La crisis de 1973 derivó en parte de un enfrentamiento con la rigidez acumulada de prácticas y políticas de gobierno implantadas en el período fordista-keynesiano. Las políticas keynesianas se habían mostrado inflacionarias a medida que el gasto público crecía y la capacidad fiscal se estancaba. Era parte del consenso político fordista que las redistribuciones se debían fundamentar en el crecimiento, la reducción del crecimiento significaba inevitablemente problemas para el Estado de bienestar social y el salario social (Harvey: 1994, p.157).

La creciente retirada de apoyo al Estado de bienestar social y el ataque al salario real y al poder sindical organizado, fueron transformados por los neoconservadores o neoliberales en virtudes gubernamentales.

Para Boyer (1986) en la década del ochenta, los salarios y las utilidades, así como el consumo y las inversiones, ya no se consideran complementarios sino contradictorios (p.234).

Harvey (1994) agrega que hubo una lucha por la recuperación para el conjunto de los países capitalistas, de parte del poder por ellos perdido individualmente en las dos últimas décadas. Esa tendencia fue institucionalizada a comienzo de los ochenta, cuando el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial fueron designados como autoridad central capaz de ejercer el poder colectivo de los Estados-naciones capitalistas sobre las negociaciones financieras internacionales. Ese poder acostumbra a ser empleado para forzar reducciones de gasto público, recortes de salarios y austeridad en la política fiscal y monetaria (p. 160).

En la medida en que la economía transnacional consolidaba su dominio mundial iba debilitando la institución Estado-nación, que cada vez controlaba menos asuntos. Organizaciones cuyo campo de acción se circunscribía al ámbito interno de los países, como los parlamentos y los sindicatos, perdieron terreno,

en el mismo grado que lo ganaban otras organizaciones, las nuevas multinacionales o transnacionales y los medios de comunicación globales.

El desmantelamiento del Estado y la pérdida de las conquistas sociales del movimiento obrero surgen, como condición necesaria para esta nueva fase de acumulación flexible. José Meneleu Neto (1996) plantea que del mismo modo que el capital financiero se liberó del control del Estado-nación, el capital productivo pasó a exigir un mercado de trabajo lo más desregulado posible (p.12).

Y agrega Teixeira (1996) que la superación de las contradicciones del modo de regulación fordista pasó a exigir la construcción de nuevas relaciones de trabajo lo menos conflictivas posible. Sólo así el capital puede restablecer su dominio dentro del proceso de trabajo y reproducir, con nuevas bases, las condiciones necesarias para la producción de plusvalía. Para eso, el capital precisó recurrir a los aparatos represivos del Estado, de forma abierta o mediante formas transfiguradas de violencia, que van desde la elevación del desempleo, pasando por la migración de las empresas para áreas sin tradición de organización sindical, hasta la producción fetichizadora de ideas para vender una imagen de un mundo de armonía (p.66).

Es ineludible, por otro lado, decir que, los efectos devastadores intrínsecos al capitalismo de fin de siglo, repercuten y se multiplican enormemente en países dependientes, subdesarrollados. Los procesos de reestructura de la acumulación en economías dependientes, como menciona Olesker (1990) se dan en un marco internacional nuevo, caracterizado por la relocalización de la industria mundial, la fragmentación de los procesos de trabajo y la emergencia de nuevos centros financieros internacionales (p.67).

Como ya se ha señalado, a comienzos de la década del setenta los partidarios del libre mercado pasaron a la ofensiva. Reflexiona Hobsbawm (1995) que aunque no llegaron a dominar las políticas gubernamentales hasta comienzos de los ochenta, la excepción es Chile, donde una dictadura militar basada en el terror permitió a los asesores estadounidenses instaurar una economía ultraliberal, tras el derrocamiento en 1973, de un gobierno popular. Con lo que se demostraba, de paso, que no había una conexión necesaria entre el mercado libre y la democracia política (p.409).

Por otra parte, Olesker (1990) en relación a la acumulación capitalista, define lo que denomina Economía Mundo Capitalista como un todo jerarquizado en donde opera la ley del desarrollo desigual y combinado que articula un conjunto pequeño de países centrales y un gran número de países dependientes, quedando el desarrollo de las fuerzas productivas en estos países condicionado al desarrollo de la acumulación mundial de capital (p.63).

De esta forma plantea el mismo autor, que a diferencia del capitalismo central, en los países dependientes no hay control sobre el proceso de acumulación de capital. Esta relación de dependencia implica las siguientes consecuencias para un país dependiente: una estructura productiva en función de la división internacional social del trabajo y la producción a nivel mundial; una transferencia de plusvalía generada en estos países por la vía comercial (estructura de precios, fletes), por la vía financiera (pago de intereses), por la vía tecnológica (pago de royalties) o por la vía productiva (pago de dividendos de empresas transnacionales a sus casas matrices); estas transferencias de recursos productivos al exterior se distribuyen dentro de la nación dependiente de manera desigual. Los capitalistas locales, señala, compensan esa succión de plusvalía apropiándose de una cuota parte mayor del valor generado por la clase trabajadora. De esa manera el valor de la fuerza de trabajo, es decir el salario real, debe ser lo suficientemente bajo para permitir a la vez las transferencias de valor hacia el exterior y una adecuada ganancia para los capitalistas locales. Esto pone un freno objetivo a la evolución de los salarios de las economías dependientes y hace de los bajos salarios reales una condición necesaria de la acumulación dependiente (p.64).

Es así que además de las características propias del sistema de explotación que tiene el capitalismo, la acumulación dependiente de los países tercermundistas ahonda estas consecuencias, generando mayores niveles de pobreza, mayor precariedad e inestabilidad laboral y una muy marcada concentración de la riqueza. Es así como la diferencia en el PNB (Producto Nacional Bruto) per cápita entre los países desarrollados y los subdesarrollados creció de manera alarmante. El de los primeros era, en promedio, 14,5 veces mayor que el PNB per cápita de los segundos en 1970, y en 1990 era más de 24 veces mayor.

El principal efecto de las décadas de crisis y reestructuración capitalista fue el de ensanchar la brecha entre los países ricos y los países pobres. La propuesta de liberalización y apertura externa irrestricta que se impone en los países latinoamericanos desde la economía neoclásica, con enorme énfasis en su versión neoliberal, tiende a ser una propuesta ideológica que pretende aumentar su grado de inserción "libre" en la Economía Mundial y con ello aumentar el grado de dependencia (Olesker: 1990, p.69).

Según Sarachu (1998) un rasgo común a varios contextos nacionales de los países latinoamericanos, se puede definir como el agotamiento del modelo sustitutivo de importaciones, que con diferentes niveles de profundización se registró en varios países de la región y que a partir de los años setenta entraría en crisis; lo que guarda estrecha relación a los procesos de internacionalización de la economía. La entrada masiva de capitales financieros, bajo la presencia en muchos casos de dictaduras militares, introdujo un nuevo elemento en el funcionamiento de las economías y determinó un endeudamiento externo, que llevó a la designada crisis de la deuda de los años ochenta y a los programas de ajuste orientados a pagar los servicios de esa deuda, con un denominador común: la salida neoliberal, condicionada por los conocidos organismos internacionales (p.36).

Es así que, desde mediados de los setenta, los países del Tercer Mundo se habían endeudado profundamente. En 1990 se los podía clasificar, desde los tres gigantes de la deuda internacional (entre 60.000 y 110.000 millones de dólares), que eran Brasil, México y Argentina, pasando por los otros veintiocho que debían más de 10.000 millones cada uno, hasta los que sólo debían de 1.000 o 2.000 millones.

Para Netto (1992), desde el punto de vista rigurosamente económico, la acumulación flexible ha promovido la pauperización de masas de millones y millones de personas (inclusive en los centros del sistema), y en su marco crecimiento significa reducción de puestos de trabajo y derechos sociales (p.24).

Asimismo, Teixeira (1996) reflexiona que lo que está en juego es el restablecimiento del dominio del capital sobre el trabajo, lo que significa dar mayor libertad para que los dueños del capital decidan qué fábricas construir y

donde, cuáles deben ser cerradas, a quien deben contratar y a quien despedir (p.66).

Es en este contexto de reestructuración productiva que los neoliberales encuentran campo fértil para difundir su doctrina y sus programas de política económica. En el siguiente punto se intentaran analizar estas cuestiones que son centrales en la sociedad contemporánea y en América Latina en particular.

2. NEOLIBERALISMO Y AMERICA LATINA.

La historia del subdesarrollo de América Latina integra la historia del desarrollo del capitalismo mundial. Nuestra derrota estuvo siempre implícita en la victoria ajena; nuestra riqueza ha generado siempre nuestra pobreza, para alimentar la prosperidad de otros: los imperios y sus caporales nativos.

Eduardo Galeano.

Resulta primordial y clarificador recordar que más de 224 millones de pobres existen en las naciones latinoamericanas, de los cuales 117 millones son menores de 20 años que no cuentan con fuentes fijas de empleo. Uno de cada tres latinoamericanos sobrevive con menos de dos dólares diarios. Las doscientas personas más ricas del mundo tienen más que mil cuatrocientos millones de personas. Y las dos personas más ricas tienen hoy más que el conjunto de los países menos desarrollados del planeta⁸.

¿Por qué resulta importante vincular el proceso de transformaciones del capitalismo con el nacimiento del neoliberalismo y los cambios en el mundo del trabajo a ellos asociados? Porque el neoliberalismo fue buque de insignia en la consolidación y profundización de los cambios en el modelo de desarrollo capitalista que comenzaron en la década del setenta. Así, resulta necesario situarse en esta nueva filosofía de dominación del capital en la sociedad actual, para poder comprender de mejor forma el contexto socio-histórico en el cual se encuentra la sociedad actual. Es por ese motivo que se intentará realizar una aproximación al modelo de desarrollo capitalista en su fase neoliberal concomitantemente a los cambios en el mundo del trabajo, que indudablemente están muy fuertemente asociados, y que pueden ser un disparador para aproximarse a comprender más claramente las diversas y complejas problemáticas que presenta la Cuestión Social hoy.

El neoliberalismo nació posteriormente a la Segunda Guerra Mundial, en una región de Europa y de América del Norte donde dominaba fuertemente el capitalismo. Como ya se observó, fue una reacción teórica y política vehemente contra el Estado intervencionista-keynesiano y de bienestar social y pasó a

⁸ Portal de la Psicogerontología, "Globalización y vejez".



034221

constituirse, desde entonces, en la principal fuerza estructuradora del proceso de acumulación de capital y de desarrollo social (Netto: 1996, p.195).

Se trata de un ataque contra cualquier limitación de los mecanismos del mercado por parte del Estado, denunciada como una amenaza a la libertad económica y política. La llegada de la gran crisis del modelo económico de posguerra, cuando el mundo capitalista cayó en una profunda recesión, generó que las ideas neoliberales ganaran terreno.

Perry Anderson (1995) lo visualiza como un movimiento ideológico, en escala verdaderamente mundial, como el capitalismo jamás había producido en el pasado. Se trata de un cuerpo de doctrina coherente, autoconciente, militante, lúcidamente decidido a transformar todo el mundo a su imagen, en su ambición estructural y su extensión internacional (p.22).

En Inglaterra Thatcher, en Estados Unidos Reagan y Kohl en Alemania son los abanderados del modelo, que con la derechización de esos años fue ganando sustento político. Así, los años ochenta vieron el triunfo incontrastable de la ideología neoliberal en esta región del capitalismo central.

El recetario neoliberal diagnosticó en la crisis del Estado la fuente de todos los males de la modernidad. La crisis del Estado socialista, del Welfare State y del Estado desarrollista de los países periféricos formarían diferentes caras de una misma realidad.

Anderson plantea que para los teóricos neoliberales, las raíces de la crisis estaban localizadas en el poder excesivo y nefasto de los sindicatos y, de manera más general, del movimiento obrero, que había corroído las bases de la acumulación capitalista con sus presiones reivindicativas sobre los salarios y con su presión parasitaria para que el Estado aumentase cada vez más los gastos sociales (p.10).

De esta forma se puede advertir claramente cuál es la filosofía imperante de la ideología neoliberal con un duro ataque a la intervención del Estado y a los trabajadores. Y agrega Anderson que el remedio era claro: mantener un Estado fuerte, sí, en su capacidad de romper el poder de los sindicatos y en el control del dinero, pero parco en los gastos sociales y en las intervenciones

económicas. La estabilidad monetaria debería ser la meta suprema de cualquier gobierno (p.11).

Para esto último, sería necesaria disciplina presupuestal, contención de los gastos en bienestar y la restauración de la tasa "natural" de desempleo, es decir, la consolidación de un ejército de reserva de trabajadores para quebrar los sindicatos. Además de reformas fiscales imprescindibles para incentivar a los agentes económicos, con reducción de impuestos sobre la rentabilidad y productividad mas elevadas.

En el mismo sentido, Pablo González Casanova (1999) establece la necesidad imperiosa de vincular de forma indisoluble el neoliberalismo y el nuevo capitalismo de los setenta; esto es: el neoliberalismo y la nueva organización nacional, internacional y transnacional del capital con su reestructuración de clases y mercados transnacionales, con su desestructuración de la clase obrera que prevaleció en la época del Estado benefactor, y con su desestructuración de los mercados nacionales, de las empresas estatales, y de muchas mediaciones sociales hoy en buena parte del mundo eliminadas (p.9).

Según Teixeira (1996) el neoliberalismo nace como un fenómeno de alcance mundial. En efecto, después de la Segunda Guerra, se asiste a un proceso creciente de sincronización internacional del ciclo industrial, de manera que los vaivenes coyunturales de acumulación del capital afectan indistintamente cualquier país. El desdoblamiento de ese proceso encuentra su punto más alto de desarrollo con la mundialización de los circuitos financieros, que crean un mercado único de dinero, virtualmente libre de cualquier acción de gobiernos nacionales. Así, la transnacionalización del sistema capitalista representó la muerte del Estado, esto es su poder de realizar políticas económicas y sociales de forma autónoma y soberana. Este contexto histórico, plantea el autor, en que nace el neoliberalismo, transforma la teoría neoliberal en una teoría de alcance práctico universal (p.196).

Asimismo, el autor señala que el gran vacío producido por el llamado socialismo real y la crisis del modelo social-democrático de producción, abren el espacio para aquellos que proponen la libertad del mercado como la única alternativa para enfrentar los problemas de empleo, seguridad, salud, educación, etc. (p.235).

En este sentido, Giovanni Alves (1996) agrega que a partir de la nueva crisis del capital y de las transformaciones productivas, se imponen, principalmente a partir de la década de los ochenta, nuevas estrategias políticas de dominación burguesa, de cariz neoliberal, que tienden a promover, como objetivo deliberado de política económica, el desempleo y la desigualdad social. Ellas poseen particularidades nacionales, afectando, principalmente, Estados Unidos, Reino Unido, el Este europeo y América Latina (p.118).

Resulta claro entonces que los cambios en el patrón de acumulación de los setenta fueron acompañados por una corriente teórica que, desde la posguerra, cuando comenzaba a organizarse y a publicar su pensamiento, ya criticaba duramente el modelo fordista-keynesiano y la intervención estatal, y encontró en esta reestructuración del capital, el momento de poner en práctica en el terreno político-económico su ideología.

Goran Therbom (1995) afirma que el neoliberalismo es una superestructura ideológica y política que acompaña una transformación histórica del capitalismo moderno (p.39).

Por otro lado, Netto (1992) es categórico al señalar que este capitalismo, mundializado y globalizado, se renueva y renueva su abanico de contradicciones, acentuando su carácter políticamente excluyente, socialmente destructivo y culturalmente barbarizante. En los límites de esta ofensiva, la fragilización de los Estados nacionales que no están en el centro del sistema deja a las corporaciones transnacionales un espacio de chantaje y maniobra que, reduciendo brutalmente la soberanía de esos Estados, afecta directamente sus (todavía más débiles) sistemas de protección social, siendo en este sentido elocuentes las políticas de ajuste implementadas en América Latina (p.24).

Luis Fernández (1995) señala como pilares fundamentales de estos cambios, tres: una marcha acelerada de reversión de las nacionalizaciones efectuadas en pos-guerra, esta mar privatizante marca una ruptura muy clara con las estrategias industriales anteriores, que valorizaban las empresas públicas como instrumentos fundamentales para un desarrollo económico soberano (p.55). Segundo, la creciente tendencia a la desregulación de las actividades económicas y sociales por el Estado, basada en la superioridad de la eficiencia

del mercado en relación al burocratismo del Estado (p.56). Y por último, la tendencia a la reversión de padrones universales de protección social establecidos con la emergencia de los Estados de bienestar social, en función de la crisis fiscal de éstos, acrecentó las presiones para la particularización de los beneficios sociales (p.56).

De esta forma, Teixeira (1996) señala que la preocupación básica de la teoría neoliberal es mostrar al mercado como un mecanismo insuperable para estructurar y coordinar las decisiones sobre la producción y las inversiones sociales. (p.196).

Así, señala el mismo autor que según la teoría neoliberal, para que el mercado pueda cumplir su función de administración eficiente de los recursos de la economía, como la tierra, el capital y el trabajo, y de esta forma alcanzar un punto de equilibrio óptimo, la interferencia del Estado debe ser la mínima posible. Cabe únicamente al poder estatal, la función de determinar las reglas de juego, interpretarlas y hacer cumplir las reglas establecidas. Así, el Estado debe proteger la libertad de los individuos, preservar la ley y el orden, reforzar los contratos privados y promover un mercado competitivo. Este mercado, si el Estado preserva los derechos de la propiedad privada y los contratos privados, promoverá la distribución eficiente de los recursos y así el bienestar general de la sociedad (p.233). La sustitución del Estado regulador por el Estado juez y gendarme era la premisa.

Por otra parte, González Casanova (1999) plantea que el neoliberalismo logra la hegemonía ideológica con una democracia en que lo social es meramente adjetivo. Esa hegemonía es tanto más fuerte cuanto más débil es el Estado-Nación y se rehace con alternancias entre regímenes políticos y militares que no afectan su preeminencia en la economía y el mercado. Militares o civiles imponen la misma política económica (p.10).

En relación a esto último, Atilio Borón (1995) agrega que distinguir la dictadura y la democracia burguesa se convierte en diferenciaciones irrelevantes. Estamos hablando, dice el autor, de capitalismo democráticos, en que lo sustantivo es el capitalismo y lo adjetivo, la democracia (p.69).

En América Latina, claramente se visualiza esto último con la implementación de las dictaduras militares durante la década del setenta. Chile, bajo la feroz

dictadura de Augusto Pinochet, luego de asesinar a Salvador Allende, presidente elegido democráticamente, dentro de las reglas de la democracia liberal y burguesa, tiene la "distinción" de haber sido el verdadero pionero del ciclo neoliberal en la historia contemporánea: desregulación, desempleo masivo, represión sindical, redistribución desigual de la renta, privatizaciones de las empresas públicas. Esto una década antes que la experiencia inglesa. El neoliberalismo chileno presuponía la abolición de la democracia y la instalación de una de las más crueles dictaduras del continente.

González Casanova (1999) subraya la importancia de recordar que para Hayek, uno de los propulsores del modelo neoliberal, la democracia jamás había sido un valor central. Así, la libertad y la democracia explicaba el teórico, podían tornarse fácilmente incompatibles, si la mayoría democrática decidiese interferir en los derechos de cada agente económico para disponer de su renta y sus propiedades a su antojo (p.24).

El modelo neoliberal rechaza el concepto de derechos sociales y la obligación de la sociedad de garantizarlos a través de la acción estatal y en donde el papel del Estado debe ser mínimo, promoviendo su retiro de cualquier área en la cuál hubiera desempeñado un papel activo. Privatización de las empresas públicas, flexibilización de las condiciones de trabajo y eliminación del monopolio estatal en la provisión de bienes y servicios sociales con la incorporación de la competencia privada.

Pierre Bourdieu plantea que el movimiento hacia la utopía neoliberal de un mercado puro y perfecto es posible mediante la política de desregulación financiera. Y se logra mediante la acción transformadora, destructiva de todas las medidas políticas que apuntan a cuestionar cualquiera y todas las estructuras que podrían servir de obstáculo a la lógica del mercado puro: la nación, cuyo espacio de manìbra decrece continuamente; las asociaciones laborales, por ejemplo, a través de la individualización de los salarios y de las carreras como una función de las competencias individuales, con la consiguiente atomización de los trabajadores; los colectivos para la defensa de los derechos de los trabajadores, sindicatos, asociaciones, cooperativas⁹.

⁹ Artículo de Pierre Bourdieu. *La esencia del neoliberalismo*. En portal de Le Monde Diplomatique. Diciembre de 1998.

Así, exhibiendo una nueva voluntad por implantar la “estabilización” y las políticas de ajuste estructural prescritas por el FMI y Banco Mundial¹⁰, Petras (2000) señala que los gobiernos de los países latinoamericanos de las décadas del 80 y 90, comenzaron a dismantelar los programas de bienestar social, a debilitar la legislación laboral, a dar los primeros pasos para el dismantelamiento del sector público, y a dar prioridad a los pagos de deuda externa a expensas del desarrollo social y económico (p.183).

En América Latina, el surgimiento del neoliberalismo está delimitado por el agotamiento del Estado Social, donde el llegó a configurarse, y de la industrialización sustitutiva de importaciones, al estilo CEPAL¹¹. La hegemonía

¹⁰ Esas dos instituciones cumplen una función disciplinadora dentro de la economía capitalista internacional pero especialmente en los capitalismo periféricos. Su poder aumentó considerablemente a partir de la década del ochenta, cuando las naciones de la periferia sucumbieron delante del peso combinado de recesión y de la crisis de la deuda externa. Esa capacidad disciplinadora fue eficaz sobre todo en la periferia: en América Latina y en África, mucho menor en Asia y completamente nula en las economías desarrolladas. Más de diez mil economistas y unas pocas centenas de científicos sociales trabajan bajo su manto, reuniendo datos y realizando estudios de todo tipo, que luego sirven de base para las recomendaciones y fundamentalmente, para apoyar la prédica neoliberal de sus portavoces y para cercar con un aura de cientificidad tecnocrática las presiones que sus autoridades máximas ejercen sobre los gobiernos. Convertir al neoliberalismo en su sentido común no ya de una época sino de toda la humanidad, fuera de la cuál solo existe locura, con lo cuál se coloca en manos de las clases dominantes una poderosísima herramienta de control político y social y convertir al capitalismo, en la culminación de la historia humana, en la última y mas elevada forma de organización económica y social jamás conocida en la historia, sería entonces su función ideológica. (Borón: 1995:95).

¹¹ A principios de 1950, la hegemonía teórica neoclásica fue interrumpida por el trabajo de Raúl Prebisch, quién aportó pruebas empíricas sobre el deterioro de los términos de intercambio entre países industrializados y economías exportadoras de productos primarios. La CEPAL sostenía que el sector moderno generado por la industrialización espontánea no sólo era incapaz de absorber al sector atrasado, sino que exigía mantenerlo en un estado de pobreza permanente y creciente, para así reproducir la relación entre países desarrollados y los que aún se consideraban en desarrollo. La CEPAL proclamaba que era indispensable la intervención estatal, no solamente para hacer frente a la brecha existente entre el centro y la periferia, sino para superar las peculiaridades de las economías periféricas, entre las que se destacaban la heterogeneidad en la estructura productiva y en la productividad del trabajo, al atraso tecnológico. En el corazón del enfoque había un proyecto sociopolítico: el liderazgo de la burguesía industrial nacional y la incorporación paulatina del resto de la sociedad a un sistema económico donde los niveles de productividad y de vida aumentarían de manera continua. El Estado sería el actor principal y su papel sería promover y tutelar los cambios sociales requeridos y arbitrar los conflictos que surgieran. En la década de los sesenta el tono pesimista de los estudios de la CEPAL empezó a ser dominante, pues reconocían que la industrialización basada en la adopción de tecnología avanzada no producía los beneficios esperados. Los datos indicaban que la diferencia entre el ingreso rural y el urbano aumentaba, que la concentración del ingreso no permitía el surgimiento de un mercado interno de grandes dimensiones, que el crecimiento de la población sobrepasaba la capacidad de la industria de incorporar mano de obra nueva a los sectores más productivos, que el insuficiente funcionamiento de los mercados laborales estaba en el centro de todo, pues el empleo agrícola disminuía y grandes contingentes de población se dirigían a las ciudades, donde sólo encontraban empleo en actividades de muy baja productividad, y que la deuda externa crecía en términos preocupantes (Barba:2004:86-87)

ideológica del neoliberalismo tuvo como resultado el debilitamiento del Estado, cada vez más sometido a los intereses de las clases dominantes y resignando grados importantes de soberanía nacional a las superpotencias imperiales y a la gran burguesía trasnacional y sus instituciones representantes: FMI y Banco Mundial.

Borón (1999) agrega que la burguesía, que en el pasado apoyó su acumulación privada en la gestión estatal y en las políticas keynesianas, hoy se desdobra para amputar al Estado todas sus capacidades regulatorias. Su estrategia de dominación, articulada en los diferentes escenarios nacionales con la de las fracciones hegemónicas del capital trasnacional, ha sido facilitada por el enorme retroceso experimentado por el movimiento obrero a escala mundial (p.58).

Por su parte, Petras (2000) agrega que la apertura¹² al capital extranjero mediante la desregulación, los incentivos impositivos y las zonas de libre comercio, induce a la inversión en la producción de bienes de exportación con un valor añadido escaso. La eliminación o reducción de los impuestos exigidos a las sociedades multinacionales produce disminución de los ingresos públicos y un incremento de la presión fiscal sobre empresas locales y salarios (p.185).

El neoliberalismo, agrega el autor, crea una cultura de inversión en la que los costos sociales y laborales bajos son condición indispensable para las nuevas inversiones. El sacrificio de la clase trabajadora es una condición estructural a largo plazo para concentrar la renta (p.186).

Pierre Salama (1996) señala que las consecuencias más graves de las políticas de ajuste neoliberal en casi todos los países, pero sobre todo en América Latina, fueron la ampliación de las diferencias sociales y la quiebra del aparato industrial. Una sociedad heterogénea y fragmentada, marcada por profundas desigualdades de todo tipo: clase, etnia, género, etc.

¹² Mandel señala que esa apertura económica no es igualmente abierta para todo el mundo. Es la economía abierta al dinero, a los propietarios del dinero y al dinero que acumulado más allá de cierto límite se transforma en capital, o sea en la capacidad de apropiarse de una fracción de sobretrabajo. El solo puede transformarse en capital, porque existen la propiedad privada de los medios de producción y otra clase de centenas de millones de personas en todo el mundo que no tienen acceso a esos medios de producción ni a los de subsistencia y que deben por tanto vender su fuerza de trabajo a los propietarios de máquinas y del negocio del agro (En Sarachu: 1998, p.60).

Esta creciente fragmentación social que potencializan las políticas conservadoras fue a su vez reforzada por el imponente avance tecnológico y científico y su impacto sobre el nuevo patrón productivo de acumulación. Esto se manifestó en una fenomenal capacidad de sustituir trabajo vivo por máquinas inteligentes, informatizadas y computarizadas. El resultado de esa reconversión, plantea Borón (1995) es una sociedad que en realidad no es eso. Es una sociedad, el capitalismo neoliberal de fin de siglo, que al mismo tiempo son dos sociedades, distantes, irreconciliables, extrañas, débilmente articuladas y cuya integración se produce, de manera perversa, por la vía fetichizada e ilusoria de la televisión, que se convierte en un factor de poder excepcional en nuestras sociedades, capaz de inventar presidentes y derrocar líderes que le son adversos (p.107).

Es así que Teixeira (1996) señala que al contrario de lo que pregona la teoría neoliberal, la libertad de mercado como condición necesaria para la realización de la libertad humana, es en realidad, condición para su desrealización, para su no efectivización. Detrás de ese paraíso, a partir de donde los defensores del libre mercado extraen sus concepciones, se esconde otro mundo, no inmediatamente accesible a los ojos del observador inmediato. Un mundo en el cual aquellos valores de libertad, igualdad y propiedad se transforman en sus contrarios directos: la libertad en no-libertad, la igualdad en no-igualdad y la propiedad en no-propiedad (p.248-249).

Ahora bien, ¿cómo repercuten estos cambios en relación al trabajo? Ya se han señalado algunos efectos que las transformaciones del patrón de acumulación, así como de la ofensiva neoliberal, han generado en el mundo del trabajo.

En el siguiente capítulo se analizarán estas transformaciones de manera de intentar comprender las nuevas manifestaciones de la Cuestión social en estos tiempos.

3. MUNDO DEL TRABAJO Y CUESTION SOCIAL.

*"La libertad no puede sobrevivir
donde el ciudadano indigente
está dispuesto a venderla
por un plato de lentejas, y otro
disponga de la riqueza suficiente
para comprarla a su placer.
En esas condiciones, la democracia
se convierte en un ritmo farsante
y se vacía de todo contenido"*
J.J.Rousseau. El Contrato Social

El mundo a finales de los noventa convivía con cerca de 800 millones de desempleados o subempleados, siendo solamente cerca de 40 millones en los países del capitalismo avanzado. El tiempo medio de búsqueda de trabajo aumentó considerablemente y el mundo industrializado se caracteriza cada vez más por el desempleo de larga duración. En los países capitalistas de Europa se producían a mediados de los noventa de tres a cuatro veces más riquezas que treinta y cinco años antes y esa producción exigió cada vez menos horas de trabajo, siendo así el empleo estable de tiempo completo, privilegio de una minoría. En los países periféricos el desempleo, en los años noventa continuaba creciendo de forma acelerada.

En este sentido, José Meneleu Neto (1996) denuncia que se ha instalado en la sociedad, sea a través de los medios de comunicación o de algunos intelectuales y científicos sociales, la sensación que aparentemente el desempleo es apenas el resultado de un ajuste estructural, producido por la introducción de tecnologías sustitutivas de la fuerza de trabajo. Así, el desempleo es visto como un fenómeno natural del actual proceso de reestructuración capitalista (p.76).

La percepción de que la sociedad está sometida a fuerzas ciegas del mercado, corresponde dice Meneleu a una idealización neoliberal de la esfera económica como un sistema automático de coordinación. La tentativa neoliberal corresponde por un lado, al reconocimiento implícito del papel de los sindicatos obreros como un obstáculo a las pretensiones del capital y por otro, a que la elección de alternativas tenga siempre en cuenta la contradicción fundamental entre capital y trabajo asalariado (p.76).

Como consecuencia de lo anterior el mismo autor plantea que el resultado práctico de esta visión neoliberal es la pretensión, a partir de la crisis del modelo fordista, de reposicionar al ejército industrial de reserva como variable de ajuste de las relaciones salariales. La crisis del fordismo se expresa como una crisis de rentabilidad del capital y de la presencia de condiciones institucionales desfavorables para una mayor explotación de la fuerza de trabajo (p.78).

Resulta interesante y clarificadora la declaración de un asesor de Margaret Thatcher, Alan Budd, refiriéndose al respecto de las acciones gubernamentales durante la década de los ochenta, afirmaba que:

“aumentar el desempleo fue una manera muy conveniente de reducir la fuerza de la clase obrera y permitió a los capitalistas la obtención de grandes lucros de ahí en adelante” (Meneleu: 1996, p.78).

Por lo tanto, en relación al trabajo organizado, la fragilización de los sindicatos se constituye como un requisito para la reestructuración del poder del capital.

A su vez, Meneleu señala que además de la acción de las empresas para la implementación de programas de modernización, era fundamental el contexto de liberalización también del mercado de trabajo. Mercado de trabajo libre: libre de sindicatos. Del mismo modo que el capital financiero se liberó del control del Estado-nación, el capital productivo pasó a exigir un mercado de trabajo lo más desregulado posible (p.80).

Es dentro de este contexto, afirma Meneleu que el Ejército Industrial de Reserva (EIR) surge como precondition para la construcción de un nuevo mundo del trabajo. En su configuración actual, el EIR es una consecuencia de la crisis del padrón de acumulación vigente hasta los años setenta. Así se entiende a las políticas de reconstitución del EIR como una tentativa de superación de la regulación política del fordismo por la coordinación neoliberal del mercado de trabajo (p.83-84).

Es en las políticas económicas de inspiración neoliberal y en el desempleo creciente, afirma el autor, que se encuentra la línea por donde se transmiten los trazos universales del nuevo ciclo de acumulación propulsado a partir de los años ochenta.

En este sentido según Meneleu Neto el ajuste neoliberal del mercado de trabajo se tornó en un presupuesto para la superación capitalista de la crisis del modelo fordista, entendiendo que la regulación fordista implicó la pérdida de grados de libertad para la acumulación capitalista (p.87).

Es así que, en la regulación fordista el ritmo de acumulación perdió autonomía, pasando a depender de externalidades políticas pactadas. El ajuste neoliberal busca la autonomía del mercado frente al poder del trabajo organizado, y para eso tiene que reposicionar al EIR a través de la política económica.

En este nuevo contexto del mundo del trabajo, las características más salientes y nefastas son: desempleo creciente, con desregulación del mercado de trabajo y aumento de la incertidumbre; aumento de las mujeres en la Población Económicamente Activa; aumento de los trabajadores en tiempo parcial, con contratos de trabajo no estandarizados y/o precarios; freno en la tasa de sindicalización y/o no reconocimiento de los sindicatos; expansión del individualismo y disminución de la ética y de la visualización de la acción colectiva; desempleo juvenil creciente, aumento de la informalidad y precariedad laboral.

Todas estas características, señala Meneleu, apuntan a la fragilización del trabajo organizado, entendido como trabajo industrial de tipo fordista, solidamente fundado en grandes sindicatos. En su lugar viene siendo instalado un mercado de trabajo flexible (externo e interno a la empresa), donde no parece haber lugar para conflictos colectivos o posiciones ideológicas (p.89).

De esta forma la fragilización de la posición de los trabajadores se transforma en precondition absolutamente necesaria para elevar el lucro por medio de la intensificación del trabajo. Y si hay un sentido en el desempleo como presupuesto de reestructuración, este es el del debilitamiento de la capacidad de resistencia colectiva de los trabajadores (Meneleu: 1996, p.89).

Es así que uno de los mecanismos teóricos de las políticas económicas de ajuste, que se iniciaron en los ochenta, señala Meneleu, es la correlación neoclásica entre inflación decreciente y desempleo creciente, así, en la correlación estadística de la llamada Curva de Phillips, se encuentra el principal argumento a favor de las políticas de desempleo creciente y masivo: para

restaurar el equilibrio macroeconómico de los precios es preciso el doloroso remedio del desempleo (p.97).

En la misma dirección y reafirmando lo anterior, Olesker (2001) señala que la acumulación capitalista genera un proceso de exclusión de mano de obra tendiente a formar parte de una reserva permanente de personas. Esta reserva sirve tanto para los períodos de expansión capitalista o también como mecanismo de presión a la baja de salarios, entonces se puede decir que la reserva de mano de obra es causa y condición de la acumulación capitalista. Es importante señalar también que se genera un sector que no puede acceder a ser parte de la reserva de mano de obra, son los que pertenecen a la categoría de desocupación crónica (p.89-90).

Y agrega al respecto que para que la economía sustentada en este modelo, liberal, dependiente, concentrador y excluyente, crezca, requiere de una dosis de desempleo que es funcional al crecimiento, es decir es parte de su éxito (p.90).

Por otro lado, Ricardo Antunes (1996) señala que la década del 80 también fue de un gran salto tecnológico que presenció una revolución técnica al interior del capitalismo, donde la automatización, la robótica y la microelectrónica fueron sus principales expresiones (p.79).

En este sentido, fue creado un nuevo paradigma de producción industrial, la automatización flexible. Para De Oliveira (1996) este proceso fue posibilitado por la revolución tecnológica que transformó la ciencia y la tecnología en fuerzas productivas, agentes de la propia acumulación del capital, haciendo crecer enormemente la productividad del trabajo humano (p.165).

El elemento central en este proceso, como se observó anteriormente, es la sustitución de la electromecánica por la electrónica como base del proceso de automatización; es la implantación de la "tecnología de la información" como eje fundamental del proceso productivo. La tendencia básica, señala el autor, es la asunción, cada vez más intensa, por el sistema productivo, de computadores más poderosos y más baratos dotados de inteligencia artificial, capaces de actuar en diferentes niveles y de posibilitar técnicas avanzadas de integración, así, la ciencia, se transforma en la primera fuerza productiva (p.166).

De esta forma, resulta insoslayable señalar que el mercado de trabajo sufrió una enorme reestructuración en la que la robotización sustituyó al trabajo humano en grandes proporciones. El hecho fundamental señala De Oliveira (1996) reside en que el trabajo manual está desapareciendo como fenómeno socioeconómico, así, muchas personas perderán la posibilidad misma de trabajar, no por algún tipo de perturbación pasajera del sistema productivo, sino por la sustitución del trabajo humano por autómatas y robots. Así el desempleo estructural es también un epifenómeno de la automatización de la producción y los servicios (p.177).

Al contrario de las enormes corporaciones del período fordista, con miles de obreros, produciendo desde la materia prima hasta los productos finales, se da una descentralización del proceso productivo. De Oliveira (1996) plantea al respecto que en primer lugar se coloca el núcleo de la producción, con tecnología de punta, donde actúa quien él llama el artesano electrónico, y una inmensa red de pequeñas y microempresas (se puede interpretar, plantea el autor, la creación de estas empresas tanto desde el punto de vista tecnológico, como de estrategias neoliberales para una posible salida a la grave cuestión del desempleo estructural, así el Estado neoliberal desarrolla una medida estratégica central de legitimación del orden capitalista, donde se promueve, en la sociedad civil, la creación de Pymes, que emplean importantes cantidades de masas desocupadas o expulsadas de mercado formal) extendidas a su alrededor y con la tarea de abastecer los insumos a ser transformados por aquel núcleo central (p.167).

El centro de este nuevo escenario de estructuración del mercado de trabajo, está formado por trabajadores de tiempo completo, grupo éste cada vez menos numeroso, que constituye la nueva base social de producción, y es integrado por el tipo de trabajador necesario para la producción flexible: polivalente, altamente calificado, con mayor grado de responsabilidad, generalmente goza de una mayor seguridad y estabilidad laboral (De Oliveira: 1996, p.168).

En la periferia se encuentra un grupo de trabajadores de tiempo completo, portadores de habilidades fácilmente disponibles en el mercado de trabajo, concentrados básicamente en el sector financiero, secretarías, trabajo manual meno especializado. Este grupo está fuertemente marcado por la rotación en el

trabajo y tiene pocas oportunidades de carrera. Y otro grupo con trabajadores de tiempo parcial, trabajo casual y contratos públicos (p.169).

Se observa en las últimas décadas, dice el autor, un crecimiento acentuado de este último grupo en donde la seguridad en el empleo es mucho menor y se expresa así una tendencia de los mercados de trabajo en reducir el número de trabajadores centrales y emplear cada vez más una fuerza de trabajo flexible.

Asimismo Antunes (2000) establece que la llamada revolución tecnológica, al mismo tiempo “califica y descalifica” a la masa de trabajadores. Esto significa que existen ramas de actividad donde califica, por ejemplo la siderurgia, y ramas que son enteramente eliminadas, profesiones que simplemente desaparecen con el avance tecnológico, que son brutalmente descalificadas, hoy conforman gran parte del *desempleo estructural*.(p.40).

Una clara consecuencia de todo esto, señala De Oliveira, es la enorme dificultad, en estas nuevas condiciones, para los trabajadores, de organización.

Este proceso de producción flexible, como lo es por ejemplo el *toyotismo*¹³, supone derechos del trabajo también flexibles, aún más dice Antunes, supone la cuasi-eliminación de los derechos del trabajo.

Así, aparecen como precondition del nuevo escenario, la flexibilización y la desregulación laboral, con lo cual el capitalismo se dota del instrumental necesario para adecuarse a su nueva fase. Desregulación, flexibilización y tercerizaciones, plantea Antunes (2000), son expresiones de una lógica societal donde el capital se vale de la fuerza humana del trabajo sólo cuando le resulta imprescindible para la reproducción de sí mismo (p.38).

De esta forma, señala el autor, derechos y conquistas históricas de los trabajadores son sustituidos y eliminados del mundo de la producción. El trabajo organizado, plantea, *es solapado*. Se consolidan altos niveles de

¹³ Antunes (2000) entiende al toyotismo como un proceso de organización del trabajo, que nace a partir de la fábrica Toyota, expandido luego por el Occidente capitalista, fundado en: respuesta inmediata a la demanda, producción variada y heterogénea, con una organización flexible del trabajo, una producción integrada y que supone necesariamente el desarrollo del trabajo, acarreado alineación del trabajo, que se toma menos despótico y más manipulatorio. De Oliveira (1996) señala que el método japonés de producción tiene por finalidad combinar las exigencias de calidad y cantidad y de oponerse a la práctica taylorista de división del trabajo a través de una recomposición de los trabajos de fabricación, manutención, control de calidad y gestión de los flujos de producción, efectuado por un solo trabajador polivalente (p.175).

desempleo estructural y el individualismo exacerbado encuentra condiciones sociales favorables.

De esta manera Antunes observa con relación al mundo del trabajo en el capitalismo contemporáneo una *múltiple procesualidad*, donde se verifica una *desproletarización* del trabajo industrial y fabril. Paralelamente se efectiviza una expansión del trabajo asalariado en el sector servicios.

Asimismo, como se observó con anterioridad, se verifica una significativa heterogeneización del trabajo, expresada también a través de una creciente incorporación de contingente femenino en el mundo operario y fundamentalmente, y esto parece insoslayable, se visualiza una subproletarización, evidenciada en una fuerte expansión del trabajo parcial, temporal, precario, subcontratado y tercerizado, vinculados a la economía informal. Estas diversas categorías de trabajadores tienen en común la precariedad del empleo y la remuneración, la desregulación de las condiciones de trabajo en relación a las normas legales vigentes o acordadas y consecuentemente una fuerte regresión de los llamados derechos sociales (Antunes: 2000, p. 41-44).

Reflexiona el autor que el más atroz resultado de esas transformaciones es la expansión, sin precedentes, en la era moderna, del desempleo estructural, que afecta, indudablemente, a la clase trabajadora mundial y sobre todo a la de los países latinoamericanos y tercermundistas, generando como consecuencia, un proceso de mayor heterogeneización, fragmentación y complejización de la clase trabajadora (p.42).

Heterogeneidades en relación a alteraciones en la estructuración de intereses, prácticas organizativas y reivindicaciones, fragmentaciones que significan segmentaciones de la fuerza de trabajo y diversidad de formas de uso del trabajo y complejización como amplificación y resignificación de las zonas donde se desarrollan los conflictos sociales (Sarachu: 1998, p.32).

- Así, señala Sarachu (1998) el trabajo mismo y su capacidad integradora, aparecen cuestionadas. Se ha registrado un desplazamiento que va en sentido de una preponderancia central del mercado, que desplaza la cuestión del trabajo. El trabajo pone en relación colectivos de trabajo que constituidos en base a la división social del trabajo eran reconocidos por el derecho y

generaban sociabilidades e identidades que favorecían su constitución como sujetos colectivos, actores socialmente reconocidos. El mercado, plantea Sarachu, relaciona a un conjunto de agentes, que vía la segmentación y el crecimiento de la diversidad de situaciones, coloca en relación de competencia a otros agentes, desarrollando estrategias para su mejor posicionamiento competitivo y comparativo (p.89).

Con relación a las fragmentaciones en el mundo del trabajo, el mismo autor propone un conjunto de aspectos clave que explican esa caracterización: *desempleo estructural, subempleo, exclusión social, concentración de la riqueza, fragilidad sindical, flexibilización sin límites* (p.91).

El mismo Sarachu retomando una interpretación de Mattoso señala que estos aspectos se traducen en una ampliación de la inseguridad del trabajo que se orienta a una desestructuración del mundo del trabajo construido en posguerra. Esa inseguridad posee varias líneas y se traduce en: Inseguridad en el mercado de trabajo, donde al mismo tiempo que crece el número de desempleados, crece también el tiempo en que éstos permanecen en dicha situación, afectando esta situación básicamente a los más jóvenes, a aquellos con menor calificación y al trabajador envejecido. Inseguridad en el empleo, observada a través de la reducción de los empleos estables o permanentes en empresas, mayor subcontratación, trabajadores temporarios, eventuales, en tiempo parcial, a domicilio, becarios, etc. Inseguridad en el ingreso. Inseguridad en la contratación, en la cual los mecanismos de negociación colectiva se recortan, primando las relaciones no-padronizadas de trabajo. Inseguridad en la representación del trabajo, caracterizada por el debilitamiento de las organizaciones de trabajadores, debilidad de sus prácticas reivindicativas de conflicto y negociación y reducción en los niveles de sindicalización, aspecto éste central para la problematización de las fragmentaciones en el mundo del trabajo (p.92-93).

Asimismo estas fragmentaciones se vinculan también en el crecimiento de la heterogeneidad en las relaciones y en los mercados de trabajo: heterogeneidad regional, étnica y de género (p.94).

En el mismo sentido, la clase trabajadora, plantean Olesker y Azar (2003), ha experimentado modificaciones durante las últimas décadas, vinculadas a

cambios en las ramas de actividad en las que se expandió el empleo asalariado, cambios en las formas de organización del trabajo y contratación de la fuerza de trabajo, privilegiándose formas como la subcontratación, el trabajo a domicilio, la mano de obra temporal y las tercerizaciones. Estas últimas se caracterizan, por un lado, por la separación de un grupo de trabajadores de la empresa, que pasan a formar otra empresa, a la cual aquella contratará sus servicios y por otro, el despido de todo un grupo de trabajadores de la empresa y la contratación de otra que se crea al margen o que suministra mano de obra temporal. Según los autores, la tercerización es una de las variantes y modalidades de la flexibilidad laboral, tiene impacto sobre los salarios y sobre el conjunto de ingresos de los trabajadores. Así, desde el punto de vista de la clase trabajadora, opera una brusca rebaja salarial.

Con relación a otras condiciones de trabajo: horarios, extensión de la jornada, horas extras, estabilidad laboral, derecho a estudio, enfermedades, la tendencia es a sustituir mejores, en las empresas, por peores condiciones de trabajo, en las tercerizadas. A su vez, las características de la tercerización al disgregar a los trabajadores, debilita la organización sindical, lo que a su vez facilita el logro de otros objetivos de la empresa (Olesker y Azar: 2003).

De esta manera, se tiende a fragmentar y dispersar a los trabajadores. Así, las grandes fábricas, que fueron la base original del sindicalismo, son sustituidas por pequeñas unidades, con pocos trabajadores cada una. Esto según los autores, debilita a la organización sindical en sus formas tradicionales siendo más difícil organizar y movilizar a miles de trabajadores dispersos.

Este marco de flexibilidad en el trabajo contribuye a la constante disminución de los derechos de los trabajadores. Esta nueva lógica señalan, necesita del trabajador disponible, del trabajo parcial, de las tercerizaciones o del trabajo precario, lo cual llamamos sub-trabajo o subproletarización de los trabajadores.

De esta forma se puede observar cómo han cambiado las condiciones de acceso al empleo, con una fuerte precarización laboral, con menor cobertura de la seguridad social, sin mecanismos de negociación colectiva y con fuertes restricciones al desarrollo de la sindicalización.

Todas estas modificaciones, afirman Olesker y Azar, bajo las nuevas formas de contratación, segmentan fuertemente a la clase trabajadora asalariada, objetivo

central del poder económico y político. Los nuevos trabajadores se desarticulan de las formas de organización sindical tradicional y muchas veces evalúan el proceso desregulador como natural y el único posible.

Por su parte Bourdieu (1998) define que:

“el establecimiento práctico de este mundo de lucha no triunfaría tan completamente sin la complicidad de arreglos precarios que producen inseguridad y de la existencia de un ejército de reserva de empleados domesticados por estos procesos sociales que hacen precaria su situación, así como por la amenaza permanente de desempleo. Este ejército de reserva existe en todos los niveles de la jerarquía. La fundación definitiva de todo este orden económico colocado bajo el signo de la libertad, es en efecto la violencia estructural del desempleo, de la inseguridad de la estabilidad laboral y la amenaza de despido que ella implica. La condición de funcionamiento «armónico» del modelo microeconómico individualista es un fenómeno masivo, la existencia de un ejército de reserva de desempleados”¹⁴.

En otro orden, Robert Castel (1997) señala que no hay que analizar el trabajo en tanto que relación técnica de producción, sino como un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social; existiendo una fuerte correlación entre el lugar que se ocupa en la división social del trabajo y la participación en las redes de sociabilidad y en los sistemas de protección que cubren a un individuo ante los riesgos de la existencia (p.15)

Asimismo Castel (2004) afirma que el trabajo se vuelve empleo cuando es dotado de un estatuto que incluye garantías no mercantiles como el derecho a un salario mínimo, las protecciones del derecho laboral, la cobertura por accidentes, por enfermedad, el derecho a la jubilación, etc. En la *sociedad salarial* que se organiza después de la Segunda Guerra Mundial, casi todos los individuos están cubiertos por sistemas de protección cuya historia social muestra que han sido en su mayor parte construidos a partir del trabajo (p.42). Así la jubilación aporta una solución a una de las manifestaciones más notables de la inseguridad social. Éste es un derecho construido a partir del trabajo. Es la propiedad del trabajador constituida no según la lógica del mercado, sino a través de la socialización del salario: una parte del salario retorna en beneficio del trabajador (salario indirecto).(p.43).

Este fenómeno comienza a desarrollarse a principios del siglo XX y se consolida en el marco de un Estado que asume para sí un rol social protector,

¹⁴ Bourdieu Pierre. *La esencia del neoliberalismo*. En: Le Monde Diplomatique. N° 29. 1998

reductor de riesgos sociales y regulador de las relaciones sociales, el Estado de bienestar social.

A mediados de la década del setenta, como se observó en los capítulos anteriores, el Estado-Nación se muestra cada vez menos capaz de desempeñar el papel de mantenimiento del equilibrio social, el papel de piloto de la economía, el liderazgo señala Castel pasa a la empresa, cuyas capacidades productivas hay que maximizar. La apreciación del papel del Estado queda invertida. Éste aparece doblemente contra productivo: por las sobrecargas que le impone al trabajo para el financiamiento de las cargas sociales y por los límites legales que le plantea a la exigencia de competitividad máxima de las empresas en el mercado internacional a cualquier costo social (p.56).

Como consecuencia, el objetivo central del capitalismo en esta nueva coyuntura, será aumentar la rentabilidad haciendo disminuir los salarios, los beneficios sociales y reducir el impacto de las regulaciones garantizadas por las leyes laborales vigentes y conquistadas hasta el momento por la clase trabajadora.

Castel plantea que lo que se juega a través de la mutación del capitalismo es fundamentalmente la imposición de una movilidad generalizada de las relaciones laborales y de las protecciones asociadas al estatuto del empleo. Dinámica profunda que es, simultáneamente, de descolectivización, de reindividualización y de aumento de la inseguridad (p.58).

El mismo autor expresa que cada individuo debe afrontar por su cuenta las contingencias de su recorrido profesional devenido discontinuo, debe hacer elecciones, se encuentra sobreexposto y en condición vulnerable porque ya no está sostenido por sistemas de regulaciones colectivas (p.59).

De esta manera, señala Castel, algunas categorías de trabajadores se benefician con este *"aggiornamiento individualista"*, pero indudablemente la mayor parte de la clase trabajadora encuentra importantes dificultades y retrocesos en esta nueva coyuntura.

Para todos aquellos trabajadores que no disponen de otros recursos que aquellos que obtienen de su trabajo, dice el autor, los soportes son

esencialmente de orden colectivo, para éstos *las protecciones son colectivas o no son*. Esas protecciones surgen, en gran medida, en los espacios de trabajo, esos lazos han constituido la base a partir de la cual los trabajadores más desamparados pudieron organizarse y luchar contra las más diversas formas de explotación. Pero también los derechos sociales del trabajo y de protección garantizados por las diversas legislaciones, han permitido a los trabajadores dominar la incertidumbre del presente y el futuro. Esta concentración de trabajadores que son directamente avasallados por este nuevo contexto socio-histórico devenidos inempleables, podrían ser condenados a sobrevivir en los intersticios de un universo social recompuesto sólo a partir de las exigencias de la eficiencia y el rendimiento (p.67).

Asimismo con el debilitamiento del Estado social, Castel afirma que los individuos y grupos que sufren los cambios socioeconómicos generados, se encuentran en situación de *vulnerabilidad*. Ya no es el progreso social sino un principio general de incertidumbre lo que gobierna el porvenir de la civilización. La inseguridad laboral se ha vuelto indudablemente la gran proveedora de *incertidumbre* para la mayoría de los miembros de la sociedad (p.76).

Ximena Baráibar (2000) plantea que la precarización del trabajo permite comprender los procesos que alimentan la *vulnerabilidad social* y producen, al final del camino, el *desempleo y la desafiliación*, modificando en profundidad la sociedad. A medida que se desaglomera el trabajo y más aún el trabajo seguro, la integración garantizada por él se vuelve aún más precaria.

Baráibar retomando a Castel, señala que desde el punto de vista del trabajo existe, desde hace unas dos décadas, una explosión del desempleo, constituyéndose apenas en el signo más visible de la desestructuración del mercado de trabajo. Se está ante un proceso de desempleo masivo que adquiere características estructurales, desapareciendo para muchos trabajadores no sólo la seguridad, sino también la seguridad social proporcionada por el empleo.

Cabe señalar, como plantea Sarachu (1998), que en los países de la periferia capitalistas, como son los países latinoamericanos, se ha constatado históricamente, la presencia permanente de una oferta de trabajo excedentaria respecto a la demanda, originando así una reserva de fuerza de trabajo a

disposición del capital. Ahora, junto a ese excedente, señala el autor, retomando a Castel, se fueron consolidando múltiples situaciones que no cumplen con la clásica función de "estar a la orden" del capital e incluso, no van a ser más empleados por aquél, son, en términos de Castel, *desafiliados, inempleables, supernumerarios* (p.88).

Para finalizar, cabe señalar que estos cambios en el mundo del trabajo, en este proceso de avasallamiento del capital sobre el trabajo, generan indudablemente un enorme retroceso para la clase trabajadora mundial, acentuándose, con sus particularidades, en los países periféricos, como son los latinoamericanos.

Desentrañar y comprender estos procesos parece vital para poder generar estrategias políticas desde las organizaciones sociales, sindicales y políticas que puedan comenzar a neutralizar esta embestida del capitalismo trasnacional. Parece no ser tarea sencilla, teniendo en cuenta además que algunos partidos de izquierda del continente, asociados históricamente a la lucha de los trabajadores, una vez que acceden al gobierno, no parecen ser capaces, por diversas razones, de romper los compromisos con los propulsores del libre mercado y sus organismos representantes.

4. REFLEXIONES FINALES

En este trabajo se intentó realizar una aproximación a los cambios que ha experimentado el modelo de desarrollo capitalista en los últimos treinta años, en su régimen de producción, de regulación y sus vinculaciones e implicancias con los cambios en el mundo del trabajo.

La sociedad contemporánea indudablemente asistió en las últimas décadas, a profundas y traumáticas transformaciones. La reestructuración productiva en la era de la acumulación flexible de la mano del neoliberalismo, ha conducido, entre tantos aspectos nefastos, a niveles de desempleo sin precedentes y a una enorme precarización de la clase que vive del trabajo.

Se pregunta Ricardo Antunes (2000) ¿Qué se puede decir de una forma de sociabilidad que desemplea o precariza al 35% de la población económicamente activa, más de 2.400 millones de personas, alrededor de un tercio de la fuerza humana mundial que trabaja, conforme a datos recientes de OIT? (p.36). Sólo basta como ejemplo, señala Antunes mencionar que en Indonesia, "*paraíso industrial*", mujeres trabajadoras de la multinacional estadounidense "Nike" ganan 38 dólares por mes, por largas jornadas de trabajo. Se trata de una profunda destrucción, que en el fondo es expresión dice el autor, de la crisis estructural que asola la *des-sociabilización contemporánea*.

Bajo el nuevo patrón de acumulación flexible y neoliberal, con su consecuente culto al libre mercado, el agotamiento del trabajo de masas se traduce en desempleo masivo, y por ende en, mayores niveles de pobreza, vulnerabilidad, marginación y exclusión social. Esta insostenible y creciente fragmentación y heterogeneización de la sociedad, atravesada por profundas desigualdades de todo tipo, fue a su vez reforzada, como se observó anteriormente, por el desenfrenado avance tecnológico y científico que impactó fuertemente sobre el paradigma productivo capitalista.

Siguiendo a Alejandra Pastorini (2002) resulta pertinente subrayar que, tanto el desempleo, como la pobreza y sus diversas manifestaciones, así como la aplicación del neoliberalismo, son en este tiempo, cuestiones inherentes a la

sociedad capitalista. Sin embargo, éstas poseen características y dimensiones diferentes cuando se analizan comparativamente las sociedades desarrolladas y las subdesarrolladas, como lo son las latinoamericanas. Tampoco estas sociedades pueden ser entendidas como un bloque homogéneo, por el contrario, si se realizara un estudio profundo, se percibiría que la Cuestión Social, además de los trazos comunes del modo de producción capitalista, tiene manifestaciones diferenciadas que dependen tanto de la forma como se fue procesando la inserción de cada país en el orden capitalista mundial como de las particularidades históricas de formación político-económica de cada sociedad. De esta forma, como señala la autora, se entiende que la Cuestión Social no es igual en todas las formaciones sociales capitalistas, ni única en los diferentes momentos históricos y coyunturales.

La génesis de la Cuestión Social, señala lamamoto (1999) se encuentra enraizada en la contradicción fundamental que contiene esta sociedad, asumiendo distintos ropajes en cada época. La producción cada vez más social, se contrapone a la apropiación privada del trabajo, de sus condiciones y de sus frutos, señala la autora. Una sociedad en que la igualdad jurídica de los ciudadanos convive, señala, contradictoriamente, con la realización y profundización de la desigualdad (p.114).

Decir entonces que, uno de los aspectos centrales de la Cuestión Social, en este tiempo, es el aumento desenfrenado del desempleo a nivel mundial y la ampliación y profundización de la precarización de las relaciones de trabajo, ya sea subempleo, informalidad, inseguridad del trabajo.

El predominio del capital financiero sobre el productivo, señala lamamoto, hace que el compromiso establecido por las élites dominantes sea con las bajas tasas de inflación y no con el empleo y la producción (p.116). Claramente visualizado esto último en el Uruguay de hoy.

En los comienzos del siglo XXI, las sociedades latinoamericanas se encuentran entre las más desiguales del mundo y la tendencia sigue en aumento.

Es así que, en América Latina, luego de más de dos décadas de aplicación del modelo neoliberal concomitante a las transformaciones en el régimen de acumulación capitalista, las consecuencias han sido desastrosas: crecimiento de la pobreza y la exclusión social, concentración de la riqueza en pocas

manos, ampliación de la brecha entre ricos y pobres, debilitamiento o retiro del Estado en la provisión de servicios básicos y en la intervención en la economía, mayor dependencia respecto del capital financiero transnacional, privatización de las empresas públicas (salvo excepciones como Uruguay, gracias a plebiscitos consultivos y resolutivos que así lo impidieron), incremento exorbitante de la deuda externa, y apertura indiscriminada al capital extranjero especulativo.

Con respecto al mundo del trabajo, como se mencionó anteriormente, el nuevo régimen flexible bajo control neoliberal, con la flexibilización y desregulación laboral, ha traído como consecuencia, altos niveles de desempleo, pérdida de conquistas históricamente obtenidas por la clase trabajadora, aumento del trabajo infantil e incremento del empleo informal, pauperización de los salarios, aumento del desempleo estructural y del subempleo.

Al crecimiento del desempleo se sumó el deterioro de la calidad de los puestos de trabajo donde se registró un desplazamiento del sector formal al informal. De acuerdo a datos de la OIT, en los países latinoamericanos, cerca del 70% de los nuevos empleos, en el período que va desde 1980 a 1995 fueron en actividades informales. El crecimiento se concentra fundamentalmente en las actividades por cuenta propia y en microempresas. Los trabajadores informales perciben una remuneración media que equivale a la mitad de la obtenida por obreros y empleados en establecimientos modernos y además trabajan un mayor número de horas. Además, todas estas situaciones dejan al trabajador al margen del cumplimiento de los derechos sociales (derechos jubilatorios, seguro de desempleo, de enfermedad) pactados por las organizaciones sindicales y/o establecidos en las leyes laborales, lo que significa el aumento de la incertidumbre y la inestabilidad laboral.

A esto se suman las recomendaciones del FMI y el Banco Mundial para que los países flexibilicen su legislación laboral, es decir, para que se abandone en los hechos, el carácter social del derecho del trabajador.

Los defensores del neoliberalismo y los organismos financieros internacionales, señalaban y lo siguen haciendo, con la complicidad de los gobiernos de turno y los grandes medios de comunicación, que aplicando las recetas del libre mercado, los pueblos latinoamericanos vivirían una etapa de crecimiento

económico con mayor equidad, sin embargo la realidad resultó diferente. El crecimiento económico se ha dado en términos macroeconómicos pero indudablemente no trajo equidad, todo lo contrario, la brecha entre ricos y pobres se ensancha concomitantemente al aumento de la pobreza.

Como señala Olesker (2001), la instrumentación de este modelo se caracterizó por un crecimiento concentrador de la riqueza, en muy pocas manos y excluyente, de la enorme mayoría de la población. Asimismo, plantea que cuando la clase dominante lleva una amplia ventaja en el terreno ideológico, la lleva también en el político, y puede ejercer su dominación sin trabas, en una democracia política de sufragio universal. Hoy en día, señala el autor, lleva esa ventaja en la correlación de fuerzas de la lucha de clases, y coloca sus intereses de clase como los intereses generales de la sociedad.

Intentar visualizar algunas de las determinantes de las nuevas manifestaciones de la cuestión social de hoy resulta imprescindible, para abordar el presente y el futuro, ya sea desde el ámbito técnico-profesional, militante o cotidiano. Porque también así se entenderán con mayor claridad las políticas económicas y sociales de este tiempo, en el contexto local, que se presumía de cambios. Estos quedaron en la esperanza y en la presunción, por lo menos para quién escribió este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alves Giovanni. Nova ofensiva do capital, crisis do sindicalismo e perspectivas do trabalho – no Brasil nos anos noventa. En: Teixeira F.J.S. y De Oliveira M.A. *“Neoliberalismo e Reestructuración Productiva: as novas determinações do mundo do trabalho”*. Editora Cortez. 1996. San Pablo.
- Anderson Perry. Balanço do Neoliberalismo. En: Sader y Gentili. *“Pos-Neoliberalismo: As políticas sociais e o Estado democrático”*. Editora Paz e Terra. 1995. Río de Janeiro.
- Antunes Ricardo. *“Adeus ao trábhalho? Ensaio sobre as Metamorfoses e a Centralidade do Mundo do Trabalho”*. San Pablo.1999. Cortez Editora.
- Antunes Ricardo. *“Dimensoes da crise e metamorfoses do mundo do trábhalho”*. En: Servico Social & Sociedade N° 50. Editora Cortez. 1996, San Pablo.
- Antunes Ricardo. “Trábhalho e precarização numa orden neoliberal” En: Pablo Gentili y Gaudencio Frigotto *“La ciudadanía negada: Políticas de Exclusión en la Educación y el Trabajo.”*. CLACSO. 2000. Buenos Aires
- Baráibar Ximena. *“Exclusión social y transformaciones en el mundo del trabajo*. MIMEO. 2000. Montevideo.
- Barba Carlos. En Revista Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad. Vol. XI No 31: *“Los enfoques latinoamericanos sobre la política social: más allá del Consenso de Washington”*. 2004. México.
- Bastidas Guillermo. *“Globalización y vejez”*. Material extraído de: <http://psiconet.com.mx/tiempo/monografias/globalizacion.htm>
- Borón Atilio. A sociedade civil depois do diluvio neoliberal. En: *“Pos-Neoliberalismo: As políticas sociais e o Estado democrático”*. Editora Paz e Terra. 1995. Río de Janeiro.

- Bourdieu Pierre. *La esencia del neoliberalismo*. En: Le Monde Diplomatique. N° 29. 1998. Material extraído de: <http://www.lemonediplomatique.cl/Pierre-Bourdieu.html>
- Boyer Robert. *“La Tercera Revolución Industrial: Impactos internacionales del actual viraje tecnológico. Cap.10, Nuevas tecnologías y empleo en los ochenta”*. Grupo Editor Latinoamericano. 1986. Buenos Aires.
- Castel Robert. *“Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado”*. Editorial Paidós. 1997. Buenos Aires.
- Castel Robert. *“La inseguridad social. Qué es estar protegido”*. Manantial.2004. Buenos Aires.
- González Casanova Pablo. En Sader y Gentili. *“La trama del neoliberalismo, mercado, crisis y exclusión social”*. CLACSO. 1999: Buenos Aires.
- Harvey David. *“Condição Pós-Moderna”*. Ediciones Loyola. 1994. San Pablo.
- Hobsbawm Eric. *“Historia del siglo XX 1914-1991”*. CRITICA. 1995. Barcelona.
- Iamamoto Marilda.- *“Servicio Social y División del Trabajo”* Ed. Cortez. 1997. San Pablo.
- Iamamoto Marilda. *“O Serviço Social na Contemporaneidade: trabalho e formação profissional”*. Ed. Cortez. 1999. San Pablo.
- Meneleu Neto.J. *Desemplego e luta do clases: as novas determinantes do conceito marxista do ejército industrial do reserva*. En: Teixeira F.J.S. y De Oliveira M.A. *“Neoliberalismo e Reestructuración Productiva: as novas determinacoes do mundo do trabalho”*. Editora Cortez. 1996. San Pablo.
- Netto José Paulo. *“Transformaciones societarias y Servicio Social”*. En Servicio Social Y Sociedad N° 50. Editora Cortez. 1996. San Pablo.

- Netto José Paulo. *“Capitalismo monopolista y Servicio Social”*. Editorial Cortez. 1992. San Pablo
- Olesker Daniel. *“La coyuntura económica actual uruguaya a la luz del balance 1985-1989”*. En Revista de Ciencias Sociales Trabajo y Capital N° 2. 1990. Montevideo.
- Olesker, Daniel. *“Crecimiento y exclusión: nacimiento, consolidación y crisis del modelo de acumulación capitalista en Uruguay (1968-2000)”*. Ediciones Trilce. 2001. Montevideo.
- Olesker Daniel, Azar Paola; *“La composición de la clase trabajadora en el Uruguay de hoy”*. Instituto Cuesta Duarte, PIT-CNT. MIMEO. 2003. Montevideo.
- Pastorini, Alejandra. *“Ações sociais focalizadas e solidárias como substituto das políticas sociais universais no entexto neoliberal”*. Primer Coloquio Brasil/Uruguay: "Questao urbana, políticas sociais e serviço social". Escola de Serviço Social - UFRJ. Río de Janeiro, 11-12 Abril 2002. Extraído de: www.rau.edu.uy/fcs/dts/miguez/pastorinicoloquio.pdf
- Petras, James. *“La izquierda contraataca: conflicto de clases en América Latina en la era del Neoliberalismo”*. Ediciones AKAL.. 2000. Madrid.
- Piore Michael y Sabel Charles. *“La segunda ruptura industrial”*. Alianza Editorial. 1990. Madrid.
- Sader, Emir y Gentili Pablo. *“Pos-Neoliberalismo: As políticas sociais e o Estado democrático”*. Editora Paz e Terra. 1995. Río de Janeiro.
- Sader Emir, Gentili Pablo. *“La trama del neoliberalismo: mercado , crisis y exclusión social”*. CLACSO. 1999. Buenos Aires.
- Sarachu Gerardo. *“Fragmentaciones en el mundo del trabajo y sus impactos en los colectivos de trabajadores: Experiencias en el sindicalismo uruguayo”*. UFRJ/ESS.1998. Río de Janeiro
- Sarachu Gerardo. *“Crisis de empleo y Tercer Sector”*. En Revista de Trabajo Social N° 15. 1999. Montevideo.

- Teixeira F. J. S. y M. A. De Oliveira. *“Neoliberalismo y Reestructuracao Produtiva: As novas determinações do mundo do trábaho”*. Editora Cortez. 1996. San Pablo.
- Therborn Göran. A Crise e o futuro do capitalismo. En: *“Pos-Neoliberalismo: As políticas sociais e o Estado democrático”*. Editora Paz e Terra. 1995. Rio de Janeiro.